

REVISTA BAVADERA

Revista teórica y política del partido comunista de España

EL MITIN DE GINEBRA :



¡LIBERTAD!

MINISTERIO
DE CULTURA



Comité de Redacción

Director:
S. Carrillo

★

Redactor-jefe:
Jesús Izcaray

★

Santiago Alvarez
Juan Diz
Ignacio Gallego
Juan Gómez
A. Elvira
Federico Melchor
E. Martí
Jaime Encinas
Nuria Pla

Nº 75
Madrid
Mayo-Junio
1974

EL MITIN DE LA LIBERTAD

Extractos del discurso de Santiago Carrillo en Ginebra	5
Discurso de Dolores Ibárruri	17
<hr/>	
Portugal, ejemplo y experiencia. Santiago Alvarez	25
<hr/>	
Ciudad y lucha de clases. Ernest Martí	37
<hr/>	
Declaración política de una reunión de cuadros de las organizaciones universitarias del P.C.E. y del P.S.U.C.	49
<hr/>	
Rozando la victoria. Jesús Izcaray	57

Para toda correspondencia, dirigirse a:
M. Albert Coninck, 37, Jan Verbertlef - Edegem - Bélgica

Comité de Redacción

Director: S. Carrillo

EL MUNDO DE LA LIBERTAD

*

Redactor-jefe: Jesús Izcaray

*

Santiago Alvarez
Juan Dix
Ignacio Gallego
Juan Gómez
A. Elvira
Federico Melchor
E. Martí
Jaime Encinas
Nuria Piz

Extractos del discurso de Santiago Carrillo en Ginebra 5

Discurso de Dolores Ibárruri 17



Portugal, ejemplo y experiencia Santiago Alvarez ... 25

Ciudad y lucha de clases Ernest Martí 37

Declaración política de una reunión de cuadros de las organizaciones universitarias del P.C.E. y del P.S.U.C. 49

Resando la victoria Jesús Izcaray 57

N.º 75
Madrid
Mayo-Junio
1974

Para toda correspondencia, dirigirse a:
M. Albert Coninx, 37, Jan Verbeetel - Edesgem - Bélgica

El mitin

de

la libertad



nitim 19

de

batredil bat

MINISTERIO DE CULTURA



EL ESPIRITU
DEL 12 DE FEBRERO
SIGUESIENDO EL ESPIRITU
DE GUERRA CIVIL

Extractos del discurso de SANTIAGO CARRILLO en Ginebra

Ya bastante antes de que comenzara el mitin, la aglomeración visible en la inmensa sala del conjunto deportivo Les Vernets de Ginebra, anunciaba la magnitud que alcanzaría el acto. Y su sobrecogedora vibración emocional.

En la sala, que por sus proporciones más que sala es un estadio cubierto, los nuevos contingentes que van llegando se presentan a los que ya están allí haciendo desfilar ante ellos sus banderas y sus pancartas. Son comunistas, obreros, estudiantes, profesionales, intelectuales. Entre ellos, no pocos no pertenecen al Partido, pero vienen a escuchar su voz. Son españoles, con marcada mayoría de jóvenes que llegan de los departamentos de Francia, de Bélgica, de Holanda, de Alemania. Y de España también. Allí se encuentran, allí se abrazan, allí vitorean al Partido Comunista de España, expresan su anhelo de que se realice el pacto para la libertad. Allí desde el primer momento, desde que llegan, comienzan a gritar a una voz: ¡Libertad! ¡Libertad!

La piden sus pancartas, sus pancartas en las que estas cuatro palabras: pacto para la libertad, se repiten una y otra vez; que exigen «Un Gobierno Provisional de reconciliación nacional para España», que incitan: «Como en Fuenteovejuna, todos a una». «¡España sí, fascismo no!»

La sala-estadio se ha llenado. ¿Cuántos españoles hay aquí?... Los cálculos más prudentes, hechos de conformidad con el aforo, los cifran en veinte mil. Pero en la explanada y en las calles cercanas, sembradas de autocares, todavía hay españoles, españoles que llegan presurosos

después de un largo viaje. Para los más, un viaje que da rumbo a su vida joven; para los otros, un viaje que dura ya treinta y tantos años...

La larga mesa destinada a la Prensa también se ha llenado. Vemos en ella a numerosos periodistas suizos, franceses y de varios países de Europa.

Allí están redactores y operadores de la Televisión Suiza, italiana y de alguna otra nacionalidad. Y corresponsales especiales de periódicos de España que asisten al mitin por encargo de sus Redacciones. La voz del Partido Comunista tiene cada día mayor autoridad y resonancia.

Creíamos que la aparición en la tribuna de Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo, con aquella explosión de entusiasmo, con aquel inmenso clamor de lucha y de esperanza, que suscitó, nos daba el momento cumbre del acto. Su transcurso, la vibración y los clamores sucesivos de aquella multitud, nos demostrarían en seguida que nos equivocábamos.

Así, pues, sonaron perfectamente encajadas en el ambiente las primeras palabras de Santiago Carrillo en las cuales, refiriéndose al vivo interés político despertado en España y fuera de España por este mitin, señaló que ya antes de que se pronunciara una sola palabra desde la tribuna, quedaba de manifiesto algo fundamental: esa presencia multitudinaria, «voz muy poderosa que clama, no contra España —como nos acusan los portavoces del fascismo— sino ¡por España, por nuestra patria y por nuestro gran pueblo, digno como el que más de obtener la libertad y la democracia!»

Si en Suiza se ha concentrado esa gran muchedumbre —se preguntó Carrillo— «¿Cuántas decenas, cuántos centenares de miles se reunirán en una España libre el día en que se ponga fin al régimen fascista? ¿Y cuando en vez de ser sólo el Partido Comunista quien convoque lo hagan, unidas, todas las fuerzas democráticas?»

EL ESPIRITU DEL 12 DE FEBRERO SIGUESIENDO EL ESPIRITU DE GUERRA CIVIL

No sólo en las ovaciones y en los gritos que subrayan las primeras palabras de nuestro Secretario General, sino en los momentos de silencio, se siente la emoción que embarga a esta masa humana. Seguramente más intensa, más atenzadora, porque la voz de Santiago resuena mientras el pupitre del micrófono está vacío, mientras Santiago y Dolores están silenciosos en la tribuna. Por presiones del Gobierno de Madrid, el suizo, si ha consentido en que nuestros dirigentes asistan al acto, ha prohibido que hablen... Oiremos sus discursos en banda hasta que...

«Los comunistas hemos dicho —continúa diciendo la voz de Carrillo— que el espíritu del 12 de febrero no era más que un fantasma, que la dictadura fascista seguía siendo una dictadura fascista y que es imposible que un régimen así se transforme, por sí mismo, en una democracia. El jefe de Gobierno español ha venido a confirmarlo en su discurso de Barcelona, cuando ha proclamado que el espíritu del 12 de febrero era lo mismo que el espíritu del 18 de julio de 1936. ¡A confesión de parte!... Está claro el espíritu que anima a este gobierno como a todos los del régimen: el espíritu de la guerra civil, del terror policíaco, de la represión, de la censura; el espíritu del bunker fascista, de la tiranía contra la cual se levantan, cada día con más decisión, la inmensa mayoría de los españoles.

Ese espíritu de guerra civil nos ha perseguido hasta aquí mismo, en Ginebra... Hay que reconocer que el fascismo tiene todavía el brazo largo; pero, a la vez, sus piernas son flojas, muy flojas. Y pronto cederán. El fascismo español se hundirá estrepitosamente, como se ha hundido el

EL ESPIRITU
DEL 12 DE FEBRERO
SIGUE SIENDO EL ESPIRITU
DE GUERRA CIVIL



fascismo portugués, como se hundirá el fascismo en Grecia. Y si hoy podéis contemplar el espectáculo insólito de vernos con la boca cerrada a la vez que escucháis nuestra voz, es que en Europa hay gobiernos que se percatan de que los proscritos de hoy serán gobernantes de España en un porvenir ya próximo».

Ante la nueva y clamorosa ovación, ante estos gritos en los que se repite el nombre de la patria, entrelazado con los de Dolores y Santiago, nos decimos en silencio que este es el entusiasmo de un jirón de un pueblo, accidentalmente fuera de España, pero que se siente dentro de

ella y que en cierto sentido lo está: con el alma.

Por la banda oímos que un periodista ha preguntado a Carrillo si los comunistas estaríamos dispuestos a dialogar con el actual gobierno español. Y dice la voz: «Pero, ¿qué clase de diálogo es posible con un gobierno que nos encarcela en España y nos cierra la boca hasta en Ginebra? Ese gobierno no pretende ningún diálogo; lo único que querría es continuar el interminable monólogo que dura desde hace treinta y tantos años en la escena política española.

¡Y a eso nosotros no jugamos!

¡Para que en España haya diálogo hay que acabar con el régimen fascista! ¡Hay que acabar con la política de guerra civil! ¡Hay que implantar la libertad!»

Se refiere el camarada Carrillo a las patrañas que la propáganda del régimen ha difundido acerca de este mitin.

«Hasta se ha escrito —precisa— que nosotros aquí íbamos a anunciar la creación de un Gobierno Provisional en el exilio.

Hace ya bastantes años que los comunistas hemos preconizado, para el tránsito de la dictadura a la democracia, la necesidad de un gobierno provisional democrático, de reconciliación nacional, que devuelva al pueblo el poder soberano de decidir su destino.» Pero —añade— «a juicio nuestro un gobierno provisional tiene que surgir, en su día, en España misma; y tiene que surgir de las entrañas de la España de hoy, tal como es, y no de las de la España de ayer. Tiene que tener el frescor y la vitalidad de las jóvenes generaciones, de las jóvenes fuerzas sociales y políticas. Y si el Partido Comunista participa en él, será no tanto por lo que representó ayer —aun cuando estemos orgullosos de nuestro pasado— sino por lo que representa hoy

como portavoz de las generaciones jóvenes de trabajadores, estudiantes y profesionales; de las fuerzas que marchan, seguras y decididas, hacia la España democrática y socialista del futuro... Para que un gobierno provisional se constituya, lo primero que hace falta es acabar con la dictadura fascista. Entonces habrá gobierno provisional. Pero su constitución no la anunciaremos nosotros y menos aún en Ginebra. ¡Su constitución la anunciará Radio Nacional de España, desde sus micrófonos de Madrid, y con ella la Televisión y la Prensa Españolas».

Entre los variados gritos que difícilmente pueden ser identificados dentro del trueno general de la ovación se percibe el de ¡Pacto para la libertad», «asociación de ideas» de los que escuchan al plantearse, cada uno, la perspectiva de ese gobierno provisional. Y tras la ovación, un grito que va prevaleciendo sobre todos de demás: ¡Libertad! ¡Libertad!

«De aquí allá —precisa Carrillo— queda todavía un trecho por recorrer. Yo estoy seguro de que lo recorreremos y más rápidamente de lo que algunos piensan.» Buena señal es que los grupos que monopolizan el poder vean ya «en sueños, como una pesadilla, a un gobierno provisional»

Más adelante, resumiendo sus reflexiones sobre el Ejército, el camarada Santiago Carrillo declara:

«Lo que nosotros pretendemos de él hoy, no es que se subleve, sino que, llegado el momento, se niegue a jugar el papel de policía, se niegue a enfrentarse con el pueblo y respalde la voluntad de éste y de las fuerzas democráticas que le representan.»

EL EJERCITO

Prosiguiendo su análisis de los rasgos más característicos de la actual situación española, el camarada Carrillo dice: «Nadie duda de que vamos hacia un cambio democrático. Pero todo el mundo se pregunta cómo va a producirse dicho cambio.

Nosotros no somos profetas. Pero en las condiciones de hoy —mañana las cosas podrían ser diferentes— no lo esperamos de un levantamiento de capitanes, como en Portugal».

En España no hay una guerra colonial, pero esto no quiere decir que el Ejército no tenga motivos para sentirse ofendido por el régimen actual. «Los tiene y serios, de orden económico, social y profesional. De orden patriótico también».

«El Ejército debe ser el garante de la independencia y la soberanía nacionales. Debe poseer una técnica y unos medios que le permitan desempeñar ese papel, y la nación, en su propio interés, debe proporcionárselos. Hombres con vocación y cualidades es lo único que no falta. Pero la técnica y los medios son lamentables. Los principios de organización, envejecidos, y la doctrina militar nacional, inexistente.»

¿Porque el Ejército haya sido sacrificado al desarrollo nacional como intentan explicar los portavoces del régimen?

«La verdad no es esa. La verdad es que el régimen no se ha preocupado del desarrollo calitativo del Ejército como instrumento de la defensa nacional. Y la explicación es bien sencilla. El régimen no ha pensado nunca en utilizar al Ejército para garantizar la integridad patria, que ha sido enajenada por un plato de lentejas a potencias extranjeras. El régimen ha considerado a las Fuerzas Arma-

¿COMO VA A PRODUCIRSE EL FIN DE LA DICTADURA?

das como a una gran policía destinada a protegerle contra las ansias populares de libertad y justicia. Y con el material y la técnica que hoy tienen, ridículos frente a un enemigo exterior, hay más que suficiente para actuar como una fuerza de represión contra el pueblo desarmado.

Por eso, también, las pocas maniobras militares que se realizan van generalmente orientadas no contra un agresor extranjero, sino «contra el enemigo interior».

Y el enemigo interior es el pueblo, somos los españoles.

¿Cómo no pensar que los militares españoles, pese a la intoxicación ideológica de que se les hace objeto, se percatarán un día de esta realidad y sentirán la necesidad de enfrentarse con ella, es decir con un régimen que les reduce al papel de policías y de protectores de los escándalos, la corrupción y los negocios que realizan un grupo de aprovechados con la familia del Caudillo a la cabeza?

Por eso los comunistas, desde hace años, hemos propugnado, contra todas las críticas y los escepticismos, un acercamiento del pueblo y del Ejército. ¡Para que un día, también en España, igual que hoy en Portugal, los niños puedan colocar claveles rojos en las bocas de los fusiles como símbolo de la amistad restablecida entre el Ejército y el pueblo!»

La gran ovación con que son subrayadas estas palabras muestra bien claramente el acuerdo de la asistencia con ellas y su esperanza de que un día se hagan realidad.

«Por eso hemos dicho —continúa Santiago— que queríamos para España, en tanto no venga el desarme universal, un ejército moderno capaz de defender sus fronteras.

A este propósito quiero decir que con su proyecto de ley sobre la defensa nacional, lo que pretendía el teniente general Díez Alegría —basta leer el texto del proyecto— era ir hacia una modernización de la organización de las Fuerzas Armadas. Y que ha sido destituido porque esa modernización no interesa a este régimen que quiere, insisto, no un ejército, sino una policía.

La noticia, de intención malvada, que atribuye su destitución a unas supuestas relaciones conmigo, a su entrevista con el presidente rumano Ceaucescu, es solamente un pretexto. Por mi parte, puedo afirmar que no tengo el honor de conocer al teniente general Díez Alegría, aunque como sucede a muchos militares y a muchos españoles, sienta un sincero respeto hacia su figura de militar moderno, que no acostumbra al ruido de sables y espuelas y que tiene el buen gusto de no amenazar a los españoles con el espantajo de la guerra civil».

Más adelante, resumiendo sus reflexiones sobre el Ejército, el camarada Santiago Carrillo declara:

«Lo que nosotros pretendemos de él hoy, no es que se subleve, sino que, llegado el momento, se niegue a jugar el papel de policía, se niegue a enfrentarse con el pueblo y respalde la voluntades de éste y de las fuerzas democráticas que le representan.»

¿COMO VA A PRODUCIRSE EL FIN DE LA DICTADURA?

Respondiendo a esta pregunta, hoy tan frecuente y extendida, Santiago reafirma que «el esfuerzo principal lo está haciendo y lo seguirá haciendo hasta el triunfo el pueblo español. Su clase obrera, sus profesionales y estudiantes, sus mujeres, sus jóvenes, con las protestas y las luchas que culminarán en la huelga nacional. El esfuerzo vendrá de la reconciliación nacional en marcha, que no es una simple aspiración, sino algo cada vez más real y tangible.

Vendrá de la presión de la sociedad española, cuyo desarrollo incontenible choca con las rígidas y estrechas estructuras de la dictadura fascista. Esa presión abre brechas por todas partes en el bunker dictatorial, lo comprime y provocará su desmoronamiento...

...¿Habrà o no una mano que abra la puerta de la fortaleza fascista al pueblo para evitar violencias que, en otro caso, podrían ser inevitables? Yo no lo sé. Lo que sí sé es que esa mano, a pesar de los guiños y los silencios de Juan Carlos, no podrá ser, de ninguna manera, la del sucesor designado por Franco para encabezar la llamada monarquía del movimiento. ¡Que no se hagan ilusiones! Esa monarquía fascista será denunciada y condenada por el pueblo sin remisión.

Esa monarquía fascista será repudiada por la opinión europea y mundial como la continuación, pura y simple, de la dictadura de hoy.

Frente a esa monarquía los españoles no tendrían más que una salida: ¡la República democrática! ¡Hasta el gato se haría republicano!

Y si no hay esa mano que abra la fortaleza, la lucha será más dura, pero derribaremos la puerta y ¡tanto peor

LA ESPAÑA QUE QUEREMOS CONSTRUIR

La magnitud de la evasión con que los representantes del pueblo español que hoy ocupan esta afirmación, proclama su decisión de conseguirlo. Estos gritos cada vez más ruidosos y estentados de libertad! libertad! lo proclaman.

Cuando el estruendo se calma, aunque no completamente, la voz de Santiago Carrillo comienza a bosquejar la España que queremos construir y cuyos rasgos principales resumimos:

Una España democrática; una España donde todos, sin exclusiones, puedan hablar y participar.

Una España sin venganzas ni revanchas, sin torturas, sin policía irresponsable, sin políticos corrompidos, sin pena de muerte.

Una España humana.

De esa España que vamos a construir no habrá que emigrar en busca de pan. Mientras tanto, luchamos por los derechos sociales, económicos y políticos de los españoles que se ven obligados a trabajar fuera de España.

Reiteró Santiago que respetaríamos escrupulosamente el juego democrático. Que sólo emplearíamos la violencia si contra un gobierno democrático se empleara la violencia. Entonces no vacilaríamos. Nos batiríamos. No pondríamos la otra mejilla.

Reiteró igualmente que hoy lo que se plantea en España no es el socialismo, sino la democracia, el establecimiento de las libertades. Aunque, naturalmente, nunca perdamos de vista nuestros ideales socialistas. Y a los que preguntan si habrá libertad en el socialismo Santiago Carrillo les contestó de nuevo que sí, que el socialismo no se concibe sin libertad. Que preconizamos para España un socialismo con pluripartidismo. Con la expansión de todos los derechos humanos. Con libertad para la oposición.

Las últimas palabras que nos transmite

la banda nos dicen que las campanas doblan por la dictadura fascista, que la España libre del futuro próximo está naciendo aquí y en las huelgas y manifestaciones; en las protestas, en el diálogo democrático. Y estos tres gritos finales: «¡Viva la libertad! ¡Viva el socialismo! ¡Viva España!»

Es una explosión de entusiasmo más enorme, más emocionante aún que las anteriores. Los vivas a España y a la libertad acaban resumiéndose en el grito del mitin ¡LIBERTAD! coreado, al ritmo de los aplausos, por más de veinte mil españoles, por sus corazones. Y cuando creemos que va a ceder este espectáculo impresionante, el estruendo que nos impide respirar, súbitamente se agiganta: Santiago Carrillo ha saltado de su asiento en la tribuna y está ante el micrófono. Le oímos:

«Hasta ahora habéis oído mi voz en conserva... Ahora...»

«Nadie puede ahogar la voz del Partido Comunista de España.»

Y al final, en medio de aquel delirio, su despedida: «¡Hasta Madrid!»

Idéntica explosión se repite cuando, después, Dolores Ibárruri deja la tribuna y, ante el micrófono, dice ella misma la última parte de su discurso.

¡Libertad! ¡Libertad! ¿Durante cuántos minutos repitió la multitud este grito, el grito de España, al terminar el acto, sin cansarse, sin debilitarlo, al contrario, redoblándolo más y más?

El mitin de Ginebra ha sido el mitin de la libertad.

Las penas de presidio por el delito de defender los derechos de los trabajadores.

A la España de nuestros héroes y de nuestros mártires, de los guerrilleros y de los combatientes indomados; de los campesinos de Extremadura, de Andalucía y Castilla; de los trabajadores de Vigo y de El Ferrol, de Madrid, de Asturias, de Cataluña, del País Vasco y de Navarra.

Vuestra presencia aquí, queridas compatriotas, en el centro de Europa, junto a nuestros camaradas suizos, a quienes expresamos nuestra honda gratitud por su constante solidaridad, nos recuerda con profunda nostalgia la patria inolvidable que nos formó y dio sentido a nuestra vida, en el hogar humilde, en la escuela y en el trabajo, y, fundamentalmente, en la gran lucha por la libertad y la democracia, y todavía inabarcable para nosotros, los emigrados políticos.

Pero aun doliéndonos el largo exilio, que a veces ha hecho decir, como a un

LA ESPAÑA QUE QUEREMOS CONSTRUIR

«Hasta ahora habéis oído mi voz en
conservar... Ahora...»

«Nadie puede rogar la voz del Par-
tido Comunista de España.»

Y al final, en medio de aquel delirio,
su despedida: «¡Hasta Madrid!»

Idéntica explosión se repite cuando,
después, Dolores Ibárruri deja la tribuna
y, ante el micrófono, dice ella misma la
última parte de su discurso.

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Durante cuán-
tos minutos repitió la multitud este grito,
el grito de España, al terminar el acto,
sin cansarse, sin debilitarlo, al contrario,
redoblandolo más y más?

El mítin de Ginebra ha sido el mítin
de la libertad.



La banda, más discreta que las campañas
dobladas por la dictadura fascista, que la
España libre del futuro próximo está
mejorando y en las banderas y manifi-
festaciones; en las protestas, en el diálogo
democrático. Y estos tres gritos finales:
«¡Viva la libertad! ¡Viva el socialismo!
¡Viva España!»

Es una explosión de entusiasmo más
enorme, más emocionante que las
anteriores. Los gritos de España y la
libertad acaban reuniéndose en el grito
del mítin: ¡LIBERTAD! corado, al ritmo
de los aplausos, por más de veinte mil
españoles, por sus compañeros. Y cuando
creemos que va a ceder este espectáculo
impresionante, el estruendo que nos em-
puja a gritar, súbitamente se agiganta:
Santiago Carrillo, en salido de su asiento
en la tribuna y está ante el micrófono.
Los españoles que se ven obligados a
trabajar fuera de España.

Reiteró Santiago que respetaríamos es-
crupulosamente el juicio democrático. Que
esto implicaría la violencia si contra
un gobierno democrático se empleara la
violencia, nosotros no vacilaríamos. Nos
barraríamos. No podríamos la otra me-
jilla.

Reiteró igualmente que hoy lo que se
plantea en España no es el socialismo,
sino la democracia, el establecimiento de
las libertades. Aunque, naturalmente,
nunca perdamos de vista nuestros ideales
socialistas. Y a los que preguntan si
habrá libertad en el socialismo Santiago
Carrillo les contestó de nuevo que sí,
que el socialismo no se concibe sin liber-
tad. Que presentamos para España un
socialismo con el marxismo. Con la
expansión de todas las libertades humanas.
Con libertad para la oposición.

Las últimas palabras que nos transmite

Discurso de DOLORES IBARRURI

Es difícil, camaradas y amigos, contener la emoción ante esta impresionante concentración de españoles, de compatriotas, de amigos y de camaradas, en la que vibran, de manera inconfundible, voces y acentos de los pueblos y regiones de nuestra España inolvidable.

Voces y acentos que nos conmueven hasta lo más hondo del alma recordándonos a la España combatiente, a la España indomable, a la España inmortal.

A la España de la historia y de la leyenda, de Cervantes y de Goya, de Unamuno, de García Lorca, de Miguel Hernández y de Machado, de Falla, de Casals y de Picasso. A la España de la República y de la democracia, a la España del presidente Companys, de Aguirre y de Negrín.

A la España que sigue inmortalizando con sus versos maravillosos nuestro Rafael Alberti, cuyas canciones «aleteaban en los frentes de la resistencia popular, entre el tronar de los cañones, para volar después sobre toda la tierra», como decía otro gigante de la poesía, el inolvidable Pablo Neruda, víctima del odio del Franco chileno, el innoble general Pinochet.

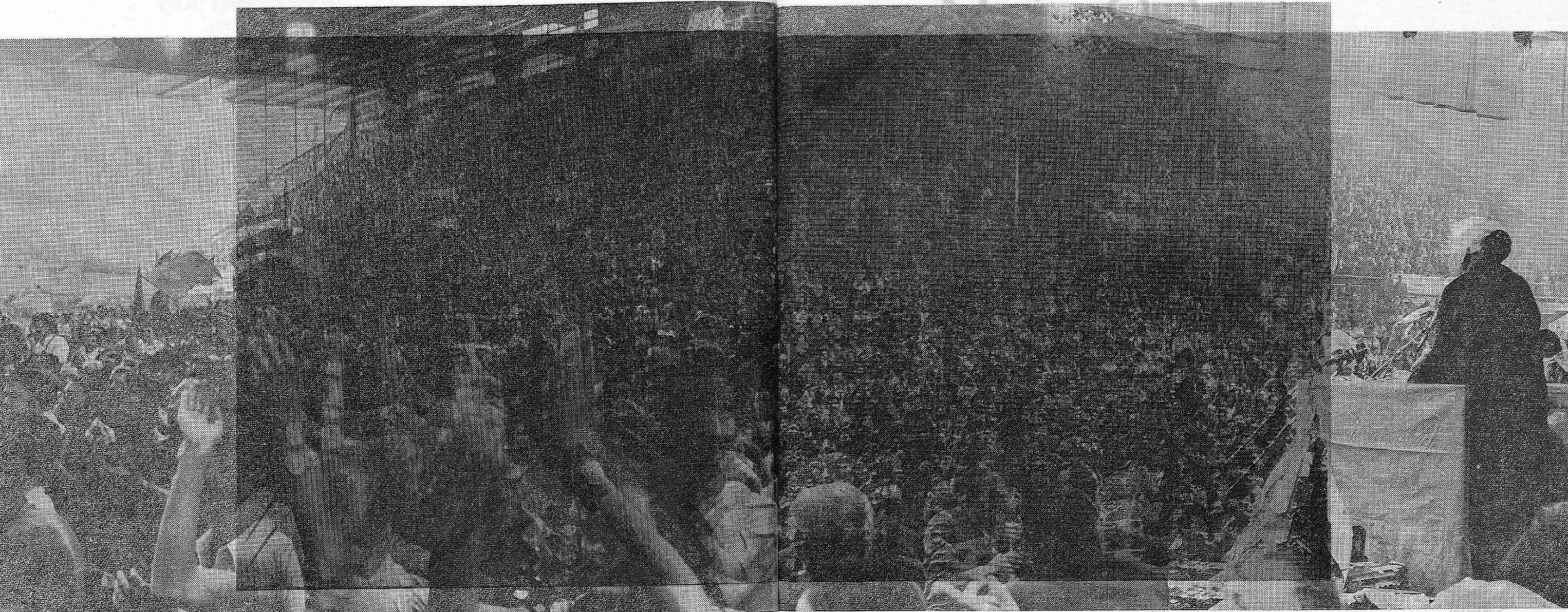
A la España de Grimau y de todos

los asesinados por los franquistas. A la España de Puig Antich, ejecutado en garrote vil en su Cataluña natal, a la España de Sánchez Montero y de Camacho, de los dirigentes obreros condenados a largas penas de presidio por el delito de defender los derechos de los trabajadores.

A la España de nuestros héroes y de nuestros mártires, de los guerrilleros y de los combatientes innominados; de los campesinos de Extremadura, de Andalucía y Castilla; de los trabajadores de Vigo y de El Ferrol, de Madrid, de Asturias, de Cataluña, del País Vasco y de Navarra.

Vuestra presencia aquí, queridos compatriotas, en el centro de Europa, junto a nuestros camaradas suizos, a quienes expresamos nuestra honda gratitud por su constante solidaridad, nos recuerda con profunda nostalgia la patria inolvidable que nos formó y dio sentido a nuestra vida, en el hogar humilde, en la escuela y en el trabajo, y, fundamentalmente, en la gran lucha por la libertad y la democracia, y todavía inasequible para nosotros, los emigrados políticos.

Pero aun doliéndonos el largo exilio, que a veces ha hecho decir, como a un



ante como noso-
de morir», no
amigo portugués emigrante emprendio
tros: «esto da voluntad de morir, ni
nos arrepentimos del camino recorrido
porque tenemos el legítimo orgullo de
orgullo revolucionario, de haber luchado
por una causa justa y la seguridad de
que el mañana democrático ha comen-

zado a amanecer ya hoy sobre nuestra
patria.
zado a amanecer ya hoy sobre nuestra
patria. Es fácil comprobar hoy, cuando la
dictadura franquista ha entrado en ba-
rreras y facie como proclamar, a sus or-
dices, que los hombres que han hecho con el
rrena y comienza a liquidar a sus pro-
pios hombres, como han hecho con el

almirante Carrero, las profundas muta-
ciones, la corrección de posiciones polí-
ticas ante criterios más profundos se pro-
ducen, en la nuestra ciudad de epístola, los
fuerzas sociales que en el pasado se enfrenta-
ron contra el pueblo y que hoy no son ya
fuerzas enemigas del que ayer, se enfrentaron
contra el pueblo y que hoy no son ya
los enemigos del pasado, sino posibles

aliados o fuerzas
empresa política
establecimiento convergentes en la gran
nuestra política nacional que tiende al
restablecimiento de la democracia en
nuestro país.
españoles fuera.
Celebramos esta fraternal reunión de
españoles fuera de España, bajo el

signo alentador y emocionante del Portugal hermano, donde una dictadura fascista de casi medio siglo se ha hundido en unas horas, prácticamente sin ninguna violencia. Gracias a la unidad y la lucha de las fuerzas populares y del movimiento de las fuerzas armadas, gracias a la inteligencia política y al patriotismo de audaces capitanes y altos mandos militares, Portugal se ha transformado en un país democrático, en un Portugal que avanza —no sin dificultades, porque los alumbramientos nunca son sin dolor —pero confiado en su fuerza y en su derecho, por el camino de la democracia, levantándose más entrañable que nunca en las fronteras occidentales de nuestra patria, como un faro de esperanza, de justicia y de libertad para nuestro pueblo y nuestro país.

Y al saludar con hondísima emoción al pueblo portugués y a sus dirigentes, segura de interpretar vuestros sentimientos y vuestras esperanzas, permitidme decirles con el alma: ¡HASTA PRONTO, camaradas, amigos y hermanos portugueses, EN UNA ESPAÑA LIBRE Y DEMOCRÁTICA, en la que sea posible la convivencia política de todos los españoles!

Portugal es hoy un resorte que puede hacer saltar las barreras del miedo de la desconfianza y de la incomprensión que han venido frenando la incorporación al proceso de democratización de España, a amplios sectores civiles, militares y religiosos, en desacuerdo, al igual que nosotros, con el franquismo y con el pretendido continuismo **juan-carlista**.

Nosotros, comunistas, no pensamos en la traslación mecánica de la experiencia revolucionaria de un país a otro país, porque las condiciones políticas, sociales y económicas no son nunca idénticas. Cada país sigue su propio camino democrático y revolucionario. Nuestro partido, dando pruebas de su gran sentido político, democrático y nacional, lucha infatigablemente

por un pacto para la libertad, por una convergencia de opiniones y de propósitos que permita la transición del franquismo a la democracia sin choques sangrientos ni mayores violencias. En la historia moderna de nuestro país tenemos ya el elocuente ejemplo del paso pacífico de la monarquía a la República en 1931. Y aunque ha corrido ya mucha agua y demasiada sangre bajo los puentes de nuestro país, la vida muestra con innumerables ejemplos que no es posible impedir el desarrollo democrático de los pueblos, que todo cambia, que todo se modifica. Que los reyes y los caudillos pasan y que sólo es permanente el pueblo, en su sucesión generacional, y en él está la continuidad históricas de nuestra Patria.

Y hoy, cuando el franquismo aparece ya en pleno desmoronamiento, y cuando la inevitabilidad de cambios políticos está al orden del día, el diálogo, la convergencia de todas las fuerzas interesadas en realizar el paso de la dictadura a la democracia es una acuciante e inaplazable necesidad. Y repetimos con toda fuerza y honda preocupación, y no por nosotros: o se logra este diálogo, esta convergencia, única manera de crear un nuevo clima de convivencia humana y política, que nos acerque al mundo de hoy, o España continuará siendo en Europa el país exportador de mano de obra, el país de los tremendos contrastes que engendrarán inevitablemente la rebelión de las fuerzas obreras y populares, a las que se no se deja otro cauce para manifestarse y defender sus derechos.

Larga y dolorosa ha sido nuestra lucha y heroica la resistencia de nuestro pueblo. Pero al curso de la historia, como el de los grandes ríos, no es posible ponerle diques de arcilla. Y el franquismo aparece ya hoy como un montón de barro endurecido pero quebradizo, amasado con la sangre y con las vidas de más de un millón de españoles, y erosionado por la permanente resistencia

popular, y especialmente por las luchas de las nuevas generaciones, por vosotros, camaradas y amigos, que sois la expresión emocionante de la voluntad de todo nuestro pueblo, de vivir en una patria libre y democrática.

En España todo es hostil al régimen franquista. Las grandes luchas de nuestra clase obrera, de los estudiantes, de los intelectuales, tan difíciles de realizar en un país fascista, rompen los resortes represivos, hacen saltar los topes salariales, reivindican la libertad sindical e imponen el derecho de huelga. La fuerza de estos movimientos es tanta y su razón tan poderosa, que incluso numerosos Consejos Provinciales de Trabajadores hacen suyas estas reivindicaciones, poniendo de relieve la inanidad y la descomposición de los sindicatos verticales.

En este movimiento laboral, nuevo, combativo, juegan un papel relevante las Comisiones Obreras que, aquí mismo, en Ginebra, han sido reconocidas oficialmente, junto con otras organizaciones sindicales y democráticas españolas, por el movimiento sindical internacional y por la O.I.T.

Y permitidme expresar públicamente nuestra gratitud por esa solidaridad hacia nuestra clase obrera, y proponer, si ello es factible, desarrollar aún más intensamente esa solidaridad, pues ello constituye una valiosa ayuda para los trabajadores españoles.

No son únicamente los obreros quienes luchan contra una legislación sobrepasada, son también los sectores campesinos, y sus protestas contra la desastrosa política del Gobierno se expresan en múltiples acciones. Las Hermandades de Labradores y Ganaderos, que durante largos años fueron meras ejecutoras de las disposiciones del gobierno, hoy se lanzan contra ellas y reclaman precios remuneradores para los productos del campo.

La Universidad española, con toda la impetuosa de la juventud y con el

apoyo de los profesores más calificados, se ha puesto en pie contra el proyecto de la Ley de Selectividad que tiende a acentuar el carácter elitista, de clase, de la enseñanza. La jornada del 9 de mayo en Barcelona, en Madrid, en Santiago de Galicia y otros lugares, que abarcó a la enseñanza superior y media, ha sido un claro exponente de la amplitud y la pujanza del movimiento estudiantil.

Como ya sucedió en los últimos años de la dictadura primo-riverista, pero con renovada fuerza, los Colegios profesionales se pronuncian por la libertad de asociación, de reunión, de expresión, y contra la pena de muerte, contribuyendo poderosamente al avanzar de las ideas democráticas. La intelectualidad española, a través de sus figuras más prestigiosas se revela contra la dictadura, reclama la libertad de creación.

El enfrentamiento de la Iglesia con el régimen es permanente, y no lo ha atenuado la visita de monseñor Cassaroli a Madrid. La tendencia postconciliar, renovadora de la Iglesia española ha ido afianzándose en la Conferencia episcopal, y ello hace muy difícil la conclusión de un nuevo Concordato que pudiera aparecer como una caución de la Iglesia al régimen franquista.

Mientras tanto, sucesos como los de Pamplona, donde el arzobispo se enfrentó con el gobernador civil que había ordenado a la policía el desalojo de la catedral, donde estaban reunidos en asamblea los huelguistas de la fábrica «Auzi», revelan que es imposible hacer concordar este régimen con los más elementales derechos del hombre. Se produce en nuestro país un hecho nuevo que es necesario destacar por su inminente importancia en relación al futuro democrático. A diferencia de 1936 hoy tenemos una Iglesia renovada, con jerarquías no inmovilistas sino progresistas, y millares de sacerdotes que con su conducta reconcilian al pueblo con la Iglesia.

La campaña **pro-ampnistía** iniciada por «**Justicia y Paz**», que lleva ya recogidas centenares de miles de firmas, da a la reconciliación nacional su verdadero y concreto sentido.

Y nuestro Partido, que ya en 1956 levantó la bandera de la reconciliación nacional, aunque para ello tuvimos que enfrentarnos con incomprensiones y sectarismos, saluda hoy esta iniciativa que tiende a extinguir los rescoldos de la guerra civil y a hacer posible la convivencia democrática.

En los últimos tiempos aparece con fuerza un nuevo fenómeno que está contribuyendo poderosamente a la concienciación de las masas. Es la actitud de la prensa, que pone en la picota con tanto ingenio como vigor la intransigencia de los ultras. Al propugnar ideas de diálogo, ideas de libertad, esos periodistas se hacen eco del pensar y el sentir de la «inmensa mayoría», de los españoles. Y esas tendencias se abren paso hasta en zonas que consideramos sino enemigas por lo menos indiferentes.

Frente a esas corrientes democráticas, el discurso que el jefe del gobierno ha pronunciado en Barcelona, ha demostrado que no es posible esperar nada del régimen actual. Y que el problema de los problemas no es el de una sedicente apertura, sino el de un cambio político. Y el obstáculo principal para acceder a la libertad es el régimen de Franco.

Para apartar este obstáculo, para devolver la soberanía al pueblo, se impone la más amplia convergencia de todas las fuerzas interesadas, por unos u otros motivos, en cambiar la situación. Y estas fuerzas son potencialmente inmensas y se reflejan ya en el poderoso movimiento de masas, en la constitución de mesas y comisiones democráticas a todos los niveles. Esa convergencia está ya cristalizando y no tardaremos en asistir a pronunciamientos políticos que pueden ser decisivos para los destinos de España.

La reciente revocación del teniente general Díez-Alegría de su cargo de jefe del Alto Estado Mayor revela el miedo de la camarilla de El Pardo a las tendencias liberales que empiezan a manifestarse en el seno del Ejército. Pero ya han pasado los tiempos en que con disposiciones en el Boletín Oficial del Estado se podía modificar el curso de los acontecimientos. La destitución de Díez-Alegría no hará más que añadir nuevos elementos de reflexión para los sectores militares, ya muy sensibilizados por el ejemplo de lo ocurrido en Portugal.

Es cierto que en España no tenemos guerra coloniales, como las que la dictadura de Caetano sostenía en Africa. En nuestro país, el factor decisivo de los cambios es el movimiento obrero y popular.

Pero las fuerzas armadas no pueden vivir al margen de los fenómenos que convulsionan a la sociedad. Y el ansia general de libertad penetra por todos los poros de ésta, e incluso en instituciones tan cerradas como el Ejército. Es posible que muchos militares españoles hayan pensado ya con ilusión en el día en que el pueblo pueda colocar claveles rojos en las bocas de sus fusiles, como en Portugal.

Hoy es más necesario que nunca el acercamiento entre el pueblo y el Ejército. Un acercamiento como el que se ha producido en las calles de Lisboa, hermanándoles en un mismo entusiasmo en la impresionante manifestación del 1º de Mayo. Muchas concepciones simplistas se derrumbaban ante la fuerza irrefutable de estos hechos.

Si es cierto que el Ejército ha dado dictadores odiosos, como Franco y Pinochet, también dio a Riego, a Galán y García Hernández, y, en nuestra época a los Spinolas, a los capitanes portugueses, a los militares peruanos.

Y muy cordialmente apelamos al sentimiento patriótico y nacional de lo más

digno de la oficialidad, para decirles —y desearíamos que nos escuchasen— que de su actitud dependerá en gran medida que los cambios democráticos en España, irreversibles por otra parte, se produzcan con un mínimo de violencia. Negarse a facilitar la vía del diálogo, de la convergencia, es colocarse de espaldas a la realidad política nacional. Es demostrar, una vez más, que, como decía Séneca, no hay viento favorable para el que no sabe a qué puerto ha de arribar.

Nosotros, comunistas, que somos quienes más hemos sufrido de la brutal y sangrienta represión, estamos convencidos que arribamos al puerto de la democracia, que la solución política de hoy no puede ser otra que el restablecimiento de la libertad.

Y al luchar por un régimen democrático que sustituya a la dictadura franquista, no nos alejamos de lo que es el objetivo fundamental de nuestra actividad política, la razón mayor de nuestra lucha; la transformación socialista de España. Y esto lo aprendimos en Lenin, el más grande revolucionario de todos los tiempos.

Es obvio que el socialismo por el que nosotros luchamos no puede ser, y no será, una copia mecánica de los modelos de socialismo existentes en otros países, surgidos de situaciones históricas distintas. Y si pretendiéramos marchar hoy, como un día ingenuamente pensamos, por idénticos caminos a los que otros abrieron en la geografía política, económica y social de esos países, equivocáramos el rumbo de nuestra andadura. Porque ni el momento histórico es idéntico al de ayer, ni el clima político parecido, ni el nivel económico similar, ni la formación cultural equivalente, ni el mundo de hoy igual al de ayer. Cada

país aporta y aportará a la construcción del socialismo sus rasgos nacionales, específicos y originales.

Por haber consagrado su vida a la defensa de estos nobles ideales, hay en las cárceles y presidios de España centenares de comunistas, de demócratas y revolucionarios, de dirigentes de Comisiones Obreras, condenados a largas penas. Desde esta grandiosa manifestación por la libertad de España les enviamos nuestro más ferviente mensaje de solidaridad y nuestra promesa de perseverar en el combate hasta conseguir la libertad de todos los presos y exiliados políticos.

Al despedirme de vosotros, camaradas y amigos, yo es aseguro que el Partido Comunista de España luchará con toda su energía y capacidad política, sin regatear sacrificios, para poner fin a la situación política actual de nuestro país; pero no solos, sino junto a todas las fuerzas políticas con sentido de responsabilidad histórica para hacer de España la patria de todos los españoles.

Un España democrática podrá desarrollar la industria e impedir la sangría de la emigración, para que vosotros y nosotros y vuestros y nuestros hijos, podamos vivir en una patria que es nuestra, que es de todo el pueblo español, sin que haya que ir a buscar a tierras ajenas el pan, el trabajo y la preparación técnica y científica que pueden hallar en su propio país.

¡Hasta pronto, camaradas y amigos, compatriotas, en una España democrática, en la que vosotros tendréis también una tarea que cumplir en la estructuración de una patria nueva, libre y democrática, levantada con el entusiasmo y el amor de todos los españoles!

nuestra entera y total solidaridad. Felicitamos a los camaradas comunistas y socialistas, a los católicos progresistas, a todas las fuerzas democráticas, antifascistas y liberales, al movimiento democrático de los militares, que ha hecho

PORTUGAL, ejemplo y experiencia

Portugal se ha sacudido el yugo de la esclavitud fascista que sufría desde hace casi medio siglo (1).

La caída del fascismo portugués nos alegra profundamente. Por el pueblo hermano, que llevaba cerca de cincuenta años luchando contra esa dictadura oprobiosa, para la cual el supremo argumento era la represión y la tortura; porque el fin de ésta no da paso a una simple «liberalización», como la que preconizan para España algunos personajes políticos, sino que abre las puertas al ejercicio de la voluntad popular, de la democracia; porque las consecuencias políticas de esa democratización rebasan con mucho las fronteras del vecino Estado. El fin del salazarismo es una gran victoria del pue-

blo portugués y de los pueblos hasta ahora sometidos a la dominación colonial portuguesa, que luchan heroicamente por su liberación y que tienen derecho a su independencia, pero representa también una victoria de las fuerzas democráticas internacionales, de Europa y de España.

La alegría con que han recibido los pueblos de nuestro país la noticia, el profundo eco que está teniendo en la prensa, entre la oposición, en los medios políticos más diversos, la acentuación de las contradicciones entre los que detentan el poder, dan a esa victoria su justa interpretación. Desde el 25 de abril los aires de la desembocadura del Tajo oxigenan, revitalizan los pulmones de la sociedad española, contribuyen a catalizar sus voluntades, orientadas a acabar también con el régimen franquista. **Es la hora de avanzar a marchas forzadas hacia nuestra propia liberación.** He ahí una de las primeras conclusiones que se pueden deducir de lo ocurrido en Portugal.

Saludamos la victoria del pueblo portugués expresando a sus protagonistas nuestra entera y total solidaridad. Felicitamos a los camaradas comunistas y socialistas, a los católicos progresistas, a todas las fuerzas democráticas, antifascistas y liberales, al movimiento democrático de los militares, que ha hecho

Guinea B.
Pereira y
del PAIGC
ha sido
problema
no. El
nuestro



25 de abril: ¡La liberación!

era la represión y la tortura; porque el fin de ésta no da paso a una simple «liberalización», como la que preconizan para España algunos personajes políticos, sino que abre las puertas al ejercicio de la democracia.

Los presidentes de la República y del Consejo fueron depuestos y confinados. Fue disuelto el principal instrumento represivo de la dictadura fascista, la D.G.S. (ex-PIDE) así como su auxiliar la Legión portuguesa y los tribunales de excepción. Disueltos fueron la Asamblea Nacional y el Consejo de Estado, el partido fascista «Acción Nacional» y el movimiento fascista de la juventud. Se han adoptado otras medidas radicales para dismantelar la superestructura política fascista y cimentar en su lugar un nuevo régimen democrático.

De acuerdo con el programa de la Junta Militar se ha decretado una amnistía, que incluye a prófugos y desertores, y que ha procedido a la liberación de todos los presos políticos; han regresado

posible eso que parece un milagro. La victoria portuguesa proporciona a los comunistas españoles un motivo suplementario de satisfacción. Confirma la justeza de nuestra política de Pacto para la Libertad; de atraer a ella al Ejército y demás fuerzas armadas; estimula nuestros esfuerzos por llevarla a sus últimas consecuencias.

**UNA REVOLUCION POLITICA
UN NUEVO PODER
HACIA EL FIN
DE LA GUERRA COLONIAL**

A los 15 días todo indica que el proceso abierto en Portugal, el 25 de abril, será irreversible.

en triunfo los exiliados; se han restablecido los derechos de reunión, palabra, prensa y demás libertades políticas. Los partidos que antes eran ilegales y objeto de sañuda represión, son llamados a consulta por el jefe de la Junta, general Spínola, y formarán parte del Gobierno provisional, **de amplia coalición**, a punto de crearse.

En conclusión: ha sido barrido el poder fascista y se ha establecido un nuevo poder. Su expresión concreta hoy es la Junta de Salvación Nacional. Dentro de unos días la será también el Gobierno provisional y el primer presidente de la República. Se ha llevado a cabo, pues, una verdadera revolución política. Una de sus particularidades es que ha sido realizada de modo incruento. Y de las escasísimas violencias habidas la responsabilidad recae sobre los verdugos de la ex-PIDE. He ahí también, para nosotros españoles, una importante constatación política.

La Junta Militar establece en su programa que la política del Gobierno Provisional respecto a ultramar se insertará en el principio de que la solución de ese problema es político y no militar, que debe tratarse en un debate nacional abierto y que deberá aplicarse un política que conduzca a la paz. Esa orientación ha sido precisada después en el sentido de conceder a los pueblos sometidos al dominio portugués el derecho de autodeterminación, derecho que, como es sabido, puede aplicarse proclamando la independencia y la creación de Estados nuevos, aunque ésta no sea su única vertiente.

Cabe esperar, y en esa dirección parecen ir las gestiones para abrir un diálogo con los movimientos de liberación nacional, que el cambio político de Portugal lleve a la solución del conflicto con los pueblos de sus antiguas colonias, que les dé plena satisfacción a su anhelo de independencia, objetivo por el que vienen luchando.

El que a Angola, Guinea Bissau y Mozambique le sea reconocida su independencia será una gran victoria del movimiento de liberación nacional de Africa y de todas las fuerzas antimperialistas.

Guinea Bissau ha proclamado ya su independencia siendo reconocida por la ONU. El Gobierno de la República de

Guinea Bissau, formado por Arístides Pereira y Luis Cabral hermano del líder del PAIGC que fue asesinado en 1973, ha sido reconocido ya por 82 países. La proclamación de Independencia de Guinea Bissau es, pues, ya una realidad, un hecho irreversible.

¿POR QUE NO ESPAÑA?

El paso del fascismo a la democracia en Portugal, sin apenas violencia, está directamente determinado porque el Ejército, fuerza armada decisiva del Estado, ha tomado sobre sí la realización directa de esa histórica tarea, apoyándose en un deseo generalizado del conjunto de la sociedad en un clima político-social al que imprimía su impronta un impresionante movimiento de masas de la clase obrera, de los estudiantes y de otros sectores contra la **guerra colonial, por reivindicaciones económico-sociales y por la libertad**. Este movimiento, que abarcaba a cientos de miles, iba «in crescendo».

Las fuerzas armadas portuguesas, a la vez que derrocaron el régimen existente, garantizan la permanencia del Estado pero depuran a éste de sus atributos fascistas contribuyendo de modo decisivo a que cambie de carácter. Esa actitud patriótica y democrática se explica en último término porque lo que era la continuación del poder salazarista estaba dominado por una minoría oligárquica y colonialista que no sólo entraba en contradicción, desde hace ya tiempo, con el pueblo, sino con el conjunto de la nación portuguesa y sus intereses fundamentales, tanto en el plano interior como internacional. Esa contradicción que se había agravado últimamente, dañando a importantes sectores de la burguesía, **hizo converger los intereses del movimiento obrero y democrático, del movimiento de liberación nacional y de importantes grupos neocapitalistas para los cuales el fascismo y la guerra colonial ya no eran rentables**. Se crearon así las condiciones objetivas de la caída del poder fascista. Esas condiciones y el factor subjetivo, representado directamente por el Ejército, que tuvo capacidad de decisión para explotarlas a fondo, han sido la base de esa **revolución política incruenta** que a algunos asombra.

Nuestro Partido opina que en España existe una profunda contradicción entre las necesidades del desarrollo nacional, moderno del país, en la más amplia acepción del término, y el régimen fascista. Axioma éste que, en realidad, pocas gentes ya discuten hoy. Esa contradicción, decimos, puede ser resuelta por medio de una revolución política con un mínimo de violencia. Medios para llevarlo a cabo son el Pacto para la Libertad en el que participen también representaciones del Ejército y de la Iglesia y la realización de la Huelga Nacional.

Sin copias ni extrapolaciones que no corresponden ¿es que la experiencia de Portugal no viene a reforzar lo bien fundamentado de esa previsión, de esa solución? En el Informe del C.C. al VIII Congreso de nuestro Partido se ha dicho: «El peso de las fuerzas que aspiran a cambios políticos en el país va siendo tan grande, y el aislamiento de los ultras tan notorio, que una revolución puede necesitar menos violencia de la que el régimen provoca en un año de política represiva corriente. Todo depende de la decisión y la capacidad de los representantes de los más amplios sectores sociales —desde el proletariado hasta la burguesía— para establecer una alternativa política democrática y para atraer en torno a ella, o neutralizar, a gran parte del aparato del Estado.»

Hoy la situación es mucho más favorable a las fuerzas que desean un cambio que en el momento en que esas palabras fueron dichas. Entre otras razones, por los progresos realizados hacia el Pacto para la libertad y por todo lo que viene pasando desde el 20 de diciembre. Es obvio que la contradicción entre el sistema fascista que sufre España y lo que la sociedad española anhela, por lo que está clamando a gritos, es cada vez más manifiesta.

Pues bien, incluso aunque el Ejército español no tome sobre sí la responsabilidad que se ha abrogado el portugués, la violencia para lograr la democracia puede ser mínima, con sólo que el Ejército de tierra, mar y aire permanezca neutral, no se enfrente con la voluntad del pueblo. Y más mínima aún si manifiesta, de uno u otro modo, su simpatía por un cambio democrático.

Una actitud así de las fuerzas armadas paralizaría o neutralizaría a las fuerzas de orden público. La policía política capaz de ensañarse con los indefensos detenidos, de torturarlos y hasta de asesinarlos, no representa un obstáculo insalvable a la hora en que la Huelga Nacional paralice la vida del país, ocupe la calle y oponga alternativas democráticas al poder dominante, sin el peligro de tener enfrente y de chocar con las fuerzas militares.

El líder de Partido socialista portugués, Mario Soares, en una conferencia de prensa tenida estos días en Roma, hizo alusión a la rapidez con que cayó el Gobierno de Caetano y éste fue abandonado. «Es una mera prueba —ha dicho— de la profunda impopularidad de este régimen ultra, minoritario, feudal y odiado por todos, incluso por los que le servían.»

He ahí la cuestión. El régimen salazarista se sostenía por la más brutal violencia contra el pueblo y la sociedad; cuando le falló el Ejército, principal columna del Estado, el edificio fascista se derribó como un castillo de naipes. Algo parecido, sino idéntico, puede llegar a ocurrir en España. Ciertamente, nosotros no tenemos una guerra colonial. Nuestro «caso» tiene otras particularidades. Pero una de ellas es precisamente que en el proceso de acercamiento entre el pueblo y el Ejército se ha recorrido ya un cierto camino.

HACIA UNA DEMOCRACIA POLITICA

En Portugal, a la vez que se desmantela el sistema fascista, se dan pasos decisivos para cimentar una democracia política. Los propósitos de la Junta no dejan lugar a dudas. A la creación de un Gobierno Provisional seguirá la convocatoria, en el plazo de un año, de una asamblea nacional constituyente, elegida por sufragio universal, que establecerá una nueva constitución y con ello las bases fundamentales de un nuevo Estado democrático. Esa perspectiva se aborda en la paz y el orden.

Resulta que rotas las cadenas del poder fascista el orden que reina en Lisboa y en todo el país en estos días, cuando

el Ejército fraterniza con el pueblo y el pueblo con el Ejército, **el orden de la libertad es mucho más sólido, estable y firme que el existente bajo la dictadura.** El principal factor del desorden en Portugal era, como en España, la dictadura fascista y su policía política.

En los primeros días del cambio y hasta el primero de mayo, algunos comentaristas, destacando los «ultras» de nuestro «patio», han tratado de exagerar incidentes como los de la reacción popular contra los torturadores de la ex-PIDE, para crear la impresión de que Portugal podía sumergirse en el caos. La grandiosa manifestación del 1º de mayo les dio un mentís categórico.

El pueblo portugués, como subrayan justamente los corresponsales españoles en Lisboa, ha dado una gran sensación a la vez de fuerza y de resolución, de madurez y sentido de la responsabilidad. Esa actitud prueba que es consciente de que en el momento histórico que vive, uno de sus esfuerzos para contribuir a la liquidación definitiva del fascismo y sus secuelas, para consolidar el nuevo régimen democrático, para evitar el peligro de un contra golpe de Estado militar, ha de estar orientado a demostrar lo que ha demostrado el 1º de mayo.

Junto a su vigilancia y al dinámico apoyo al movimiento iniciado por los militares, esa actitud del pueblo portugués resolutiva, de fuerza y de sentido de responsabilidad, es la que corresponde a sus intereses presentes y la que conviene para garantizar el futuro inmediato de la democracia. ¿Quién puede temer hoy que en España, en un caso semejante, ocurrirían las cosas de otra manera?...

Como acabamos de apuntar, España no es Portugal, ni Portugal es España. Hay importantes diferencias. En España hubo una guerra civil que no hubo en Portugal. Pero esa guerra finalizó hace ya 35 años. Han surgido a la vida política, socio-económica y cultural del país nuevas generaciones para quien nuestra guerra es historia. La división de la España de hoy en «roja» y «blanca» sólo la trata de prolongar una ínfima minoría de «ultras» a la que no le deja dormir su conciencia, su odio al pueblo, a la libertad. Pero el conjunto del país piensa de otro modo. El Partido representativo por ex-

celencia de la clase obrera y de las fuerzas revolucionarias; el que más hombres ha perdido ante los piquetes de fusilamiento, en cárceles y campos de concentración; el que si sumara el tiempo pasado por sus dirigentes y militantes en prisión puede contar por miles de años, el Partido Comunista de España, hace ya más de tres lustros que al proclamar la política de reconciliación nacional ha llamado a cerrar las trincheras de la guerra civil. Y sin ningún ánimo de revancha, que jamás preconizó, aplica consecuentemente esa línea. **El Partido Comunista de España sitúa el problema político del país en el terreno en que debe dirimirse hoy: el de la libertad, la democracia, la voluntad popular libremente expresada.**

Es verdad que existen ciertos grupos izquierdistas que ven las cosas de otro modo. Pero éstos, como vemos que ocurre en Portugal, no cambian el proceso. Aunque su romanticismo y su entrega merezca comprensión, su inexperiencia, la enfermedad infantil de que adolecen, su mimetismo respecto a otras revoluciones, su **dogmatismo**, les hace agitarse en general en el vacío. Si lo olvidan hoy, la experiencia les habrá de enseñar que cuando se sufre una dictadura fascista, junto a la lucha por las reivindicaciones más inmediatas de las masas, la conquista de la libertad es un objetivo prioritario porque en su contexto es posible desplegar en toda su magnitud la lucha de clases y crear las condiciones de futuros avances democráticos y de necesarias transformaciones sociales.

LA GARANTIA DEL FUTURO

El proceso de Portugal nos parece irreversible. Esa irreversibilidad, hoy por hoy, reposa en que las fuerzas que han convergido contra la dictadura, producto de la contradicción citada al comienzo, y que van desde la clase obrera a los neocapitalistas, sean capaces de asegurar el proceso de transición, de cimentación del Estado democrático, impidiendo una vuelta atrás con un golpe de Estado contrarrevolucionario. Para hoy y para mañana ese proceso reposa sobre todo en dos pilares fundamentales: el movimiento de oficiales de las fuerzas armadas, deci-

dido a llevar adelante la obra en la que se ha comprometido; movimiento que tanto por su carácter como por su proyección, es hoy por hoy una de las firmes garantías de la democracia portuguesa. El otro pilar que tiende a fortalecerse cada día, son las fuerzas obreras y democráticas cuyas vanguardias políticas actuaban en la clandestinidad y que desde hace ya muchos años han venido pagando un enorme tributo a la lucha por acabar con el fascismo. Entre esas vanguardias merece especial mención el Partido Comunista Portugués.

Para garantizar la irreversibilidad del proceso democrático, el entendimiento, el acuerdo, la **unidad entre el movimiento de los militares y las fuerzas obreras y democráticas y la propia unidad de éstas es una cuestión decisiva**, como ha señalado estos días el camarada Alvaro Cunhal.

Esos pilares tienen una gran base de sustentación objetiva. La norma de conducta de las fuerzas que los constituyen, su comportamiento, su proyección común, responde a lo que en este momento histórico desea, anhela, el conjunto de la sociedad portuguesa. Por eso, y por todo lo ya ocurrido, salvo algún acto de provocación, probablemente no se producirá, por ahora, una reacción seria del fascismo en derrota, ni la búsqueda por fuerzas reaccionarias, dentro o fuera del Ejército, de otra solución o de otro camino. Ese peligro puede presentarse y ser grave más tarde. Sobre todo si se cometen errores de apreciación en cuanto a la verdadera correlación de fuerzas en el orden político o bajando la guardia, se dejan en manos de «ultracistas» resortes de los que éstos puedan hacer uso contra el nuevo poder democrático.

EL MOVIMIENTO DE LOS MILITARES PORTUGUESES Y LA GUERRA COLONIAL

Las dictaduras fascistas de Hitler y Mussolini cayeron como consecuencia de su derrota en la segunda guerra mundial. El caso de Portugal es, pues, el primero de una dictadura fascista de anteguerra que se desfonda en unos días al revelarse contra ella, como hemos dicho, el instru-

mento fundamental del Estado. Mas, ¿qué duda cabe que en la base de ese hundimiento se hallan factores de orden nacional e internacional, políticos y económicos, la valoración de los cuales no es aplicable solamente a Portugal? Permítasenos subrayar de nuevo que el caso de Portugal confirma nuestra tesis de que es posible acabar con un régimen fascista por la acción y lucha interior en un determinado contexto internacional sin necesidad de guerra exterior ni civil.

En el caso portugués la primacía la tiene la guerra colonial y sus consecuencias. Que el repudio a ésta era nacional lo revelan entre otros datos el de cien mil prófugos y desertores, el surgimiento de un movimiento militar de oficiales y la conclusión a que sobre dicha guerra llegó el general Spínola en su famoso libro «Portugal y su futuro», que ha sido una contribución política enorme al cambio. Esa guerra, el carácter fascista del régimen, aisló a Portugal internacionalmente. En ello pesó de modo decisivo la fuerza mundial del socialismo, del movimiento de liberación nacional y de la clase obrera mundial; pero ha influido también la contradicción en que ese Portugal fascista y colonialista entraba con sus propios aliados de la OTAN.

A los factores de orden político, cabría añadir los de orden económico, que al llegar a afectar a los neocapitalistas incidieron en todo el proceso y fueron determinantes para decidir a esa burguesía a pasar a la acción contra el régimen.

Tanto la prensa portuguesa como de otros países ha ofrecido diversas cifras sobre la situación económica en Portugal y la incidencia en ésta de la guerra colonial.

Portugal es, a excepción de Turquía, el país más pobre de la O.C.D.E. Su renta por habitante se sitúa aproximadamente en 750 dólares (45.000 pts.) por año, lo que corresponde a 3.750 pts por mes. Frente a este subdesarrollo, el «despegue» económico del país está bloqueado por una viva penuria de mano de obra ocasionada por las fuertes levadas para el Ejército y por la emigración de numerosos trabajadores. Romper ese círculo vicioso —dicen esos comentarios— es esencial ya que el subdesarrollo implica la emigración y ésta a su vez aumenta el subdesarrollo.



El júbilo de la juventud portuguesa

Portugal cuenta con unos 9 millones de habitantes, pero la población activa no representa más que un tercio: 3 millones de personas. Cerca de 2 millones de portugueses trabajan en el extranjero. El equilibrio financiero del país depende en medida considerable de las remesas de fondos de estos emigrantes. Estas remesas y el turismo son la principal fuente de divisas que mantenía altas sus reservas. Mientras 130 mil habitantes salen cada año del país, el Ejército ocupa a una gran masa de la juventud. De 1966 a 1971 ha venido comprendiendo 220.000 hombres. De éstos, 147.000 destinados en «ultramar».

En su último estudio sobre Portugal, los expertos de la O.C.D.E. hacen resaltar los obstáculos institucionales al desarrollo: a) Existencia de la gran propiedad latifundista o posesión de la mayor parte de la tierra por los grandes propietarios, (un tercio de la población está compuesta de agricultores). b) Inversión insuficiente. Dichos expertos preconizan una política coordinada de cambios estructurales en vía del crecimiento de la productividad agrícola, del aumento del número de empleos industriales y la reducción de los movimientos migratorios.

El segundo punto negro de la economía portuguesa, según dichos expertos de la O.C.D.E., reside en la inflación. El gasto militar, que representan aproxi-

madamente el 40% del presupuesto, constituye una de sus principales causas. El alza de los precios se ha acelerado desde 1961. El año pasado, según los cálculos que citamos, ha llegado al 19%.

Las referencias de origen portugués y muy especialmente del Partido Comunista son más precisas. Respecto a la situación agraria el Programa aprobado en el último Congreso por el Partido hermano dice:

«La situación de miseria y de dificultades de las clases laboriosas del campo resulta, en gran medida, de la división de la propiedad existente. En el conjunto nacional, mientras grandes señores de la tierra poseen millares e incluso decenas de millares de hectáreas, más de 800.000 campesinos no tienen un palmo de tierra y medio millón de pequeños agricultores no tienen tierra suficiente (a veces dispersa en muchas minúsculas parcelas) para sacar el sustento de sus respectivas familias. Hay grandes propietarios que tienen más tierra que decenas de millares de pequeños agricultores tomados en su conjunto. Los 500 mayores propietarios tienen más tierra que los 500.000 más pequeños.»

Más adelante añade: «No es posible la construcción de un régimen democrático en Portugal sin alterar radicalmente la política agraria, sin eliminar el dominio de la agricultura por los grandes terratenientes, sin entregar la tierra a quien la trabaja».

Economistas portugueses sitúan el alza de los precios en 1973 en cerca del 21,2%.

En cuanto a los gastos de guerra colonial ofrecen los siguientes datos: «En 1960 representaban 3.259 millares de «contos», en 1961, 5.221 millares de «contos», en 1964 subían a 7.705 millares y en 1970 suponían 13.678 millares de «contos». Debido a esta evolución pasaron del 28,7% del presupuesto nacional en 1960 al 44,6% en 1970. (Un «conto» son 1.000 escudos).

No es fortuito por ello que la génesis de este movimiento militar portugués se halle, en parte considerable, en los campos de la guerra colonial.

«Le Figaro» de París, del 30 de abril, ha publicado una crónica de su corresponsal en Lisboa, en la que éste repro-

duce el relato que del origen de ese movimiento, de su desarrollo y de su triunfo le hace un capitán de 38 años, Otelo de Carvalho a quien dicho responsable presenta como el cerebro de la operación militar que acabó con el poder fascista. Aún no siéndonos fácil comprobar la veracidad de esa afirmación, el relato parece muy verosímil y uno no se resiste a reproducirlo parcialmente.

«El origen del movimiento —dice dicho oficial— se remonta a julio de 1973. El Ministro de la Defensa acababa de dirigirnos una circular a los capitanes y comandantes que nos humillaba y nos rebajaba a los ojos de la nación. La duración de la Escuela superior de guerra que por decreto se rebajaba de cuatro años a uno hacía de nosotros unos oficiales «estampillados», nos condenaba a cursos de noche, forzados por la incapacidad y la voluntad de un viejo aparato que se creía seguro de que después de cuarenta años de existencia se perpetuaría. En Guinea nos hemos reunido y enviado un documento al Ministro del Ejército, al Ministro de Educación Nacional, al Presidente del Consejo y al Presidente de la República, almirante Américo Tomás. Su reacción no

se hizo esperar. Puesto que nos habíamos revelado contra el reglamento militar por una manifestación colectiva seríamos castigados. PERO ESTO LLEGABA TARDE: ACABABAMOS DE DESCUBRIR QUE PODIAMOS PENSAR. Y cuanto más examinábamos la actitud de nuestros superiores, mayor conciencia tomábamos de la esclerosis del órgano político que nos obligaba a cumplir malas órdenes y a someternos a leyes defectuosas.»

Sería simplificar las cosas no ver en la situación que determinó que el profundo descontento existente en el seno del Ejército cristalizase en movimiento, la base objetiva a que ya hicimos mención. Este movimiento del Ejército (que por cierto tiene ciertos antecedentes en otros intentos que fracasaron: octubre de 1946, abril y octubre de 1947, enero de 1951, marzo de 1959, enero de 1961, Año Nuevo de 1962, en Oporto, Tomar, Lisboa, Beja)... es, en fin de cuentas, la resultante de la contradicción señalada al comienzo y, muy concretamente, de la lucha de los pueblos sometidos por el Estado colonialista portugués, de las fuerzas revolucionarias, democráticas y anti-



fascistas de Portugal mismo que, en mayor o menor cuantía existían también en el propio Ejército, en las condiciones de una guerra colonial mortífera, sin horizonte para el Estado portugués y ruinoso incluso para la burguesía.

EL EJERCITO PUEDE SER INFLUIDO POR LA CAUSA DEMOCRATICA

En la experiencia de Portugal se comprueba, una vez más, que el Ejército, a pesar de su hermetismo, no es una institución ajena al proceso que vive o puede vivir una sociedad, aunque corrientes ideológicas políticas liberadoras que se suelen abrir camino entre las masas del pueblo, tardan, por razones lógicas, más tiempo en aparecer entre las fuerzas armadas.

Desde el inicio del movimiento de que habla Carbalho —admitiendo provisionalmente su versión— hasta que aquél triunfa en Portugal, pasa en realidad un tiempo muy corto. Y en su curso se produjeron, como siempre o casi siempre, intentos fallidos, como el de Caldas de Rainha. Pero ¿no enseña ese proceso que cuando en el Ejército penetran ciertas corrientes liberales, democráticas, revolucionarias, en determinadas condiciones de crisis, éstas se desarrollan de modo inevitable y hasta con un ritmo rápido?

En nuestro país algunos plantean el falso dilema: ¿Destruir el Ejército fascista o entenderse con él?, criticando al P.C. de España por su actitud a este respecto. Sin detenernos en esto deseamos subrayar la falsedad de ese planteamiento. Si este no resiste de por sí el menor análisis, la experiencia de Portugal lo hace aún menos consistente.

El Ejército español actual ya no puede caracterizarse, como se hizo antaño, de Ejército franquista. El Ejército español, que ayer se sublevó, que hizo la guerra civil, empieza a ser, es ya, otra cosa y no sólo sociológicamente. Lo sucedido con motivo de la muerte de Carrero Blanco lo confirma.

¿Es que acaso el Ejército de Portugal no está en el origen de la dictadura fascista de ese país y no ha sido hasta hace poco su soporte? Pero ¿le ha impedido eso acabar ahora con ella? El error del planteamiento a que me refiero no está sólo en eso. Está en el hecho mismo de hablar de la destrucción del Ejército de una manera puramente utópica, olvidando infantilmente algo tan elemental como son la correlación real de fuerzas, la etapa de la revolución que vivimos y confundiendo al régimen político con el Estado y al Estado fascista con el Estado burgués en general. Esta errónea apreciación lleva a confundir también, en consecuencia, la distinta actitud que puede adoptar un ejército frente a una dictadura fascista (Portugal), el dominio y el expolio imperialista (Perú), una monarquía feudal corrompida (Egipto) y, por contraposición, ante una situación como la de Chile, cuyo objetivo por parte del Gobierno de Unidad Popular era avanzar hacia un sistema social socialista, aunque pluralista. Lo de Chile ha llevado a muchas gentes a pensar que todo ejército opera lo mismo, aunque sean distintas las circunstancias. La realidad demuestra que este es un serio error.

En España no tenemos una guerra colonial. Entre España y Portugal existen, está susodicho, otras diferencias. Entre ellas de psicología, de tradiciones, etc. a pesar de ser Estados vecinos y pueblos hermanos. Pero ¿no existen factores en España que pueden hacer madurar en el Ejército español una conciencia que puede llegar a ser tan democrática como la que ha germinado en el Ejército portugués?

La necesidad de cerrar para siempre la sima de la guerra civil, que una minoría «ultra» y el poder fascista prolonga; de situar el problema político de España sobre una base común hace mucho tiempo a los países civilizados: la de la voluntad popular, de la soberanía; de que España pueda acceder en condiciones dignas, de igualdad, al concierto de los países de nuestra zona geográfica (Comunidad Europea) sin que siga impidiéndolo la servidumbre de su sistema fascista; la propia necesidad de modernizar el Ejército; de recobrar plenamente nues-

tra soberanía nacional, son algunos de esos factores. Se trata, en síntesis, de que se supere la contradicción real, indiscutible, entre el anquilosado sistema político imperante basado en la represión, en la falta de libertades, en estructuras estamentales que en ciertos aspectos recuerdan las de la Edad Media, y la necesidad de un desarrollo moderno y democrático de España.

CONCLUSION GENERAL

Los acontecimientos de Portugal ofrecen un abanico de hipótesis, de supuestos, despiertan muchas ideas. No podemos extendernos más. Terminamos con la siguiente reflexión.

Portugal demuestra una vez más que el detonador de un proceso de reversión de un poder fascista dominante, el estallido de una revolución, puede tener orígenes diversos y cuando las condiciones están maduras ese proceso culmina con el triunfo.

Esto plantea algunos problemas a cual más interesante.

Uno es lo aleatorio que son los esquemas rígidos sobre un proceso democrático y revolucionario y la realización de la revolución misma. Ya Lenin, antes de ahora, señaló que las revoluciones solían desarrollarse sin atenerse a lo previsto más que en sus líneas generales. En la nueva época que vivimos eso es más cierto que antaño. Ello nos plantea la necesidad imperiosa de estar muy atentos a todo lo que ocurre a nuestro alrededor, a los nuevos fenómenos que surgen, y a extremar nuestra sensibilidad política para lograr catalizar sin vacilación todo hecho que contribuya directa o indirectamente a que avancemos hacia la conquista de la libertad, en la dirección de ese objetivo. Se acrecienta enormemente el valor de lo que llamamos el factor subjetivo.

A partir del libro del general Spínola, del pronunciamiento posterior de Caldas de Rainha y de los manifiestos del movimiento militar, aparecidos en los últimos meses, se intuía que en Portugal maduraba un proceso que podía desembocar en algo como lo ocurrido. Pero era difícil, por no decir imposible, calibrar como sucederían los acontecimientos y cual sería su desenlace. Los hechos han superado todas las esperanzas.

En los momentos que vivimos, en la lucha político-social por la democracia y el socialismo es posible hasta lo que parece más inverosímil.



En Portugal tenemos hoy una Junta de Salvación Nacional presidida por el general Spínola, que fue hasta hace muy poco jefe adjunto del E.M. del Ejército portugués. La Junta llama a los líderes de la oposición hasta ayer ilegales y perseguidos, entre ellos al comunista Alvaro Cunhal y al socialista Mario Soares para cimentar conjuntamente un régimen democrático. Socialistas y comunistas parece que formarán parte, con los propios jefes militares, del Gobierno provisional. No es algo imaginario, ilusorio, es un hecho real, que responde a los nuevos tiempos que vivimos.

En Portugal el Ejército, habiendo derrocado el poder fascista, llama a las fuerzas políticas democráticas para cimentar una alternativa política de libertades. En España, aun ocurriendo las

cosas de otro modo, la conclusión final puede llegar a ser la misma. ¿Es que las fuerzas político-sociales que se agrupan ya en las mesas o coordinadoras democráticas, en «foruns» tan representativos como la asamblea de Cataluña y las que convergen hoy en el Pacto para la libertad no pueden quizá ofrecer juntas al Ejército esa alternativa?

Sólo los que no tengan ojos pueden no ver claro hoy que cuando, en las condiciones de España, se sufre una dictadura fascista la convergencia de fuerzas sociales de signo distinto y hasta antagónico en la que participen los ejércitos, es, **para conquistar la libertad**, una vital necesidad política.

9-V-74

La ciudad, en cualquier sociedad, ha sido siempre ámbito de civilización, como sugiere la propia etimología. «Civilización» tiene la raíz de la palabra latina «civitas» que designa a la ciudad. La ciudad, concentrando en un espacio a una gran masa de personas, intensifica los intercambios humanos de toda especie: económicos, políticos, intelectuales, artísticos. De esta manera, en todas las ciudades creadas por la humanidad, se ha siempre creado un espacio. La ciudad arranca a los seres humanos de su aislamiento de la vida, cuando éstos se engorran por su dispersión y particularismo, por la pobreza y lentitud de los intercambios humanos y por la insuficiencia de la división del trabajo.

En el último tercio del siglo XX el papel de la ciudad, sin dejar de caracterizarse por los rasgos anteriores, está sufriendo una profunda transformación. El acelerado crecimiento de las fuerzas productivas impulsado por el desarrollo del modo de producción capitalista ha quebrantado el secular aislamiento de la vida de las sociedades tradicionales asentadas en formas de producción prerrogativas de base fundamentalmente agrícola.

La penetración avasalladora de las relaciones de producción capitalista en todas las esferas de la actividad social, el progreso material, la mejora en rapidez y eficacia de las comunicaciones, el aumento del nivel de vida, la explosión demográfica y la crisis de la agricultura tradicional han modificado conjuntamente —a la par que otros muchos factores derivados de éstos— el aspecto de las viejas sociedades quebrantando vínculos seculares, derrocando viejas ideologías y efectuando importantes trasvases de población de unas a otras regiones, del campo a la ciudad.

La expansión del capitalismo ha corrido parejas, en todas partes, con un proceso de urbanización, es decir, de crecimiento de la población urbana. Este crecimiento se ha producido tanto en valor absoluto como en términos relativos, comparativamente a la población rural. Así hemos alcanzado una situación completamente nueva en la historia por vez primera los habitantes de las ciudades sobrepasan en número a los del campo. Las urbes, antes relativamente pequeñas y sumergidas en el océano rural, proliferan y crecen desmesuradamente. Con su crecimiento se agravan los viejos problemas y surgen otros nuevos.

ERNEST MARTI

Ciudad y lucha de clases

La ciudad, en cualquier sociedad, ha sido siempre ámbito de civilización, como sugiere la propia etimología: «civilización» tiene la raíz de la palabra latina «civitas», que designa a la ciudad. La ciudad, concentrando en poco espacio a una gran masa de personas, intensifica los intercambios humanos de toda especie: económicos, políticos, intelectuales, artísticos. De esta manera potencia las capacidades creadoras de la humanidad, que son siempre capacidades sociales. La ciudad arranca a los seres humanos del «idiotismo de la vida rural» (Marx) engendrado por su dispersión y particularismo, por la pobreza y lentitud de los intercambios humanos y por la insuficiencia de la división del trabajo.

En el último tercio del siglo XX el papel de la ciudad, sin dejar de caracterizarse por los rasgos anteriores, está sufriendo una profunda transformación. El acelerado crecimiento de las fuerzas productivas impulsado por el desarrollo del modo de producción capitalista ha quebrantado el secular inmovilismo de la vida de las sociedades tradicionales asentadas en formas de producción precapitalistas de base fundamentalmente agraria.

La penetración avasalladora de las relaciones de producción capitalista en todas las esferas de la actividad social, el progreso material, la mejora en rapidez y eficacia de las comunicaciones, el aumento del nivel de vida, la explosión demográfica y la crisis de la agricultura tradicional han modificado conjuntamente —a la par que otros muchos factores derivados de éstos— el aspecto de las viejas sociedades quebrantando vínculos seculares, derrocando viejas ideologías y efectuando importantes trasvases de población de unas a otras regiones, del campo a la ciudad.

La expansión del capitalismo ha corrido parejas, en todas partes, con un proceso de «urbanización», es decir, de crecimiento de la población urbana. Este crecimiento se ha producido tanto en valor absoluto como en términos relativos, comparativamente a la población rural. Así hemos alcanzado una situación completamente nueva en la historia: **por vez primera los habitantes de las ciudades sobrepasan en número a los del campo.** Las urbes, antes relativamente pequeñas y sumergidas en el océano rural, proliferan y crecen desmesuradamente. Con su crecimiento se agravan los viejos problemas y surgen otros nuevos.

Aunque en todas partes el desarrollo capitalista va acompañado de una evolución semejante de la población activa (de la agricultura a la industria y los servicios; del campo a la ciudad), este trasvase demográfico es, hasta cierto punto, un fenómeno ligado al proceso de industrialización en sí y, como tal, es relativamente autónomo respecto a las relaciones sociales de producción imperantes. En la Unión Soviética y las democracias populares europeas «industrialización» y «urbanización» han ido también estrechamente unidas, aunque este fenómeno no aparezca tan claramente en el caso de la República Popular China, donde la industrialización parece seguir una vía muy original y bastante poco «urbanizadora». Pero bajo el poder del capital el proceso de urbanización ha adquirido unas peculiaridades muy propias derivadas de la forma particular de acumulación capitalista.

cuenta de este siglo cuando sufrió una aceleración sin precedentes. «Los municipios de menos de diez mil habitantes concentraban a principios de siglo algo menos del 70% de la población española, en 1960 ya sólo guardaban el 43% y en 1970 únicamente vivía en estos municipios el 34% de la población nacional» (1). Los grupos intermedios de poblaciones —entre 10.000 y 100.000 habitantes— han conservado un peso relativamente estable en lo que va de siglo e incluso en la última década. «Todo esto quiere decir, en definitiva, que el crecimiento de la población española en la pasada década (...) se ha concentrado en los municipios de más de 100.000 habitantes; su población, que en 1960 era de 8.500.000, en números redondos, en 1970 alcanzó los 12.500.000. (...) Si los municipios de más de 100.000 habitantes ya habían experimentado un notable crecimiento a lo largo del siglo, pasando de una población ligeramente superior al 13% de la total en 1900 a otra que superaba el 35% en 1960 (...), en 1970 alcanzó el 44%» (1).

EL CRECIMIENTO URBANO EN ESPAÑA

En los países como España, donde la acumulación capitalista se desarrolla sin los frenos sociales e institucionales que impone la democracia formal burguesa —frenos que permiten a la clase obrera y a todas las clases y capas populares hacer valer de una u otra forma, aunque limitadamente, sus intereses propios frente a la dictadura del capital monopolista— las leyes del capitalismo se imponen con toda su desnudez y con toda su nocividad. Este hecho es tanto más visible en España cuanto que el proceso de industrialización-urbanización se concentra en un lapso de tiempo muy breve, los tres lustros transcurridos desde el Plan de Estabilización—inicio de la nueva política económica opusfranquista—, y en un marco político autoritario y terrorista, extremadamente rígido, que ha oprimido brutalmente al pueblo dejando a la oligarquía manos libres para actuar según sus intereses, sin prácticamente ninguna cortapisa.

En efecto, aunque las migraciones hacia las ciudades son un fenómeno ya muy antiguo, fue a finales de la década de los cin-

La década de los sesenta no sólo ha sido la década de la industrialización. Ha sido también la década de los negocios fabulosos de las grandes empresas inmobiliarias y constructoras, negocios ligados en parte a la industria del turismo pero sobre todo al crecimiento urbano y al desarrollo de las redes viarias (principalmente autopistas).

Los poderes públicos, especialmente a nivel municipal, han sido copartícipes —a la vez cómplices y beneficiarios— de esta situación. La corrupción, esta lacra obsesiva de nuestra historia pasada y reciente ligada a un estado centralista y burocrático parasitario, ha encontrado nuevas oportunidades de florecimiento. La planificación urbana y la ordenación del territorio, pese a su demagógico alarde de finalidades «sociales», han sido instrumentos conspicuos para la connivencia entre las autoridades franquistas y las grandes compañías y la banca.

En nuestra sociedad escindida y contradictoria, la opulencia de unos es la miseria de los demás, que son los más. Si el desarrollo urbano ha hecho la fortuna de unos pocos, ha representado al mismo tiempo el surgimiento de nuevas formas de opresión, discriminación y miseria para las masas trabajadoras.

EL CASO DE BARCELONA

Barcelona-capital	
Resto comarca	

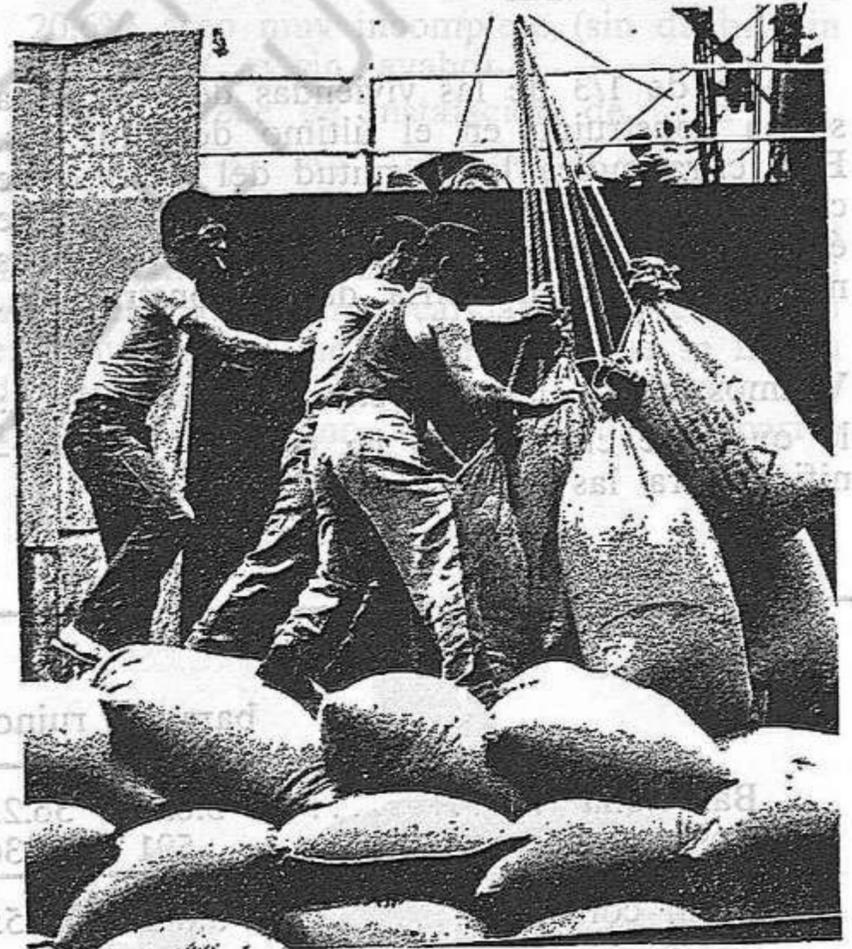
Unas cifras de población sitúan la magnitud del problema. En el cuadro siguiente puede verse la evolución en 20 años de la población de Barcelona y su comarca:

1950	1960	1970
1.300.000	1.560.000	1.775.000
265.000	450.000	930.000 (2)

En dos décadas —las décadas decisivas— la población de la capital ha aumentado en unas 475.000 personas y la del resto de la comarca en 665.000; es decir, un total de 1.140.000 personas en la conurbación (que de hecho forma un continuo urbano y puede, por tanto, considerarse como una unidad).

Un millón de inmigrantes, un millón de dramas humanos. La principal cantera de la inmigración a Barcelona (y a toda gran ciudad) es el campo arruinado. Jornaleros, campesinos de las comarcas pobres de Cataluña, de Andalucía, de Aragón o de Galicia, atraídos por el señuelo de la gran ciudad generosa, en busca sobre todo de trabajo pero también de una vida más atractiva y prometedora. Barcelona es el trabajo y la diversión, el sueldo fijo y la oportunidad de promoción —para uno o para los hijos de uno.

Los inmigrantes afluyen sin que se hayan previsto condiciones materiales y culturales de acogida que les permitan adaptarse al nuevo medio sin excesivos traumas. Después de ser brutalmente desarraigado de su medio originario por la miseria económica, el inmigrante debe afrontar la hostilidad agresiva del nuevo ámbito de su vida. Entregado a la voracidad de nuevos patronos que aprovecharán su situación para someterlo a salarios de hambre o de «prestamistas» y toda clase de traficantes de carne humana, aprenderá pronto a desenvolverse cínicamente en un ambiente de individualismo cínico y agresivo del que sólo encontrará escapatoria gracias



a la vieja solidaridad del grupo de origen («los del pueblo» o los familiares, que se ayudan entre sí) o asumiendo nuevos vínculos de solidaridad en las batallas de clase: una **solidaridad de clase** que hará de este nuevo proletariado industrial una de las puntas de lanza de la clase obrera de Cataluña.

En la década de los cincuenta el problema del alojamiento de los inmigrantes se resolvía con el barraquismo como paso intermedio

para el acceso a un piso o para la construcción de una casa propia en zonas no urbanizadas en horas libres. En algunos casos, en lugar de barraquistas teníamos realquilados. Tanto en un caso como en otro, los problemas materiales y psicológicos del alojamiento y de la convivencia han sido espeluznantes.

Al intensificarse la corriente inmigratoria y al aumentar relativamente el nivel de vida con la aceleración de la industrialización,

surge un mercado para la industria de la construcción. Empiezan a edificarse en grandes cantidades viviendas «baratas» para trabajadores. Pero también en este caso las cosas suceden desordenadamente, sin plan ni control por parte de las autoridades, de tal modo que la expansión de la vivienda queda librada a la ley del máximo beneficio privado. La construcción se convierte en un suculento negocio que permite la realización fulminante y sorprendente de grandes fortunas en pocos años.

UNA CIUDAD HOSTIL A LAS MASAS TRABAJADORAS

«Más de 1/3 de las viviendas de Barcelona se ha construido en el último decenio» (3). Esta cifra indica la magnitud del proceso de crecimiento urbano y las oportunidades que éste ha brindado a la burguesía para sus negocios en la industria de la construcción.

Veamos ahora la otra cara de la medalla: lo que este crecimiento ha significado y significa para las masas trabajadoras.

El crecimiento de la población y de las actividades no ha ido acompañado de un crecimiento paralelo de las viviendas, los servicios y las infraestructuras.

En la vivienda existe un déficit constante debido a la escasa reposición de viviendas viejas y al bajo ritmo de construcción de viviendas nuevas. El cuadro siguiente resume la situación actual de déficit por todos los conceptos:

	barracas ruinosas		insa- lubres	núcleos secund.	incó- modas	TOTAL DEFICIT ACTUAL
Barcelona	3.051	36.252	4.450	26.990	14.747	85.490
Resto comarca	591	9.305	645	21.297	497	32.335
Total comarca	3.642	45.557	5.095	48.287	15.244	117.825 (4)

La industria de la construcción viene definida por varios factores. Del lado de la oferta cabe decir que la oferta del sector público es extremadamente baja. Entre 1965 y 1969 el Estado y los organismos semipúblicos han construido sólo el 18% de las viviendas(5). La oferta del sector privado, por su parte, es sumamente especulativa: se aprovecha de la fuerte demanda y de la inde-

fensión en que los poderes públicos dejan al consumidor, y edifica muchas veces en malas condiciones técnicas y con materiales deficientes, todo lo cual le permite obtener beneficios netos del orden del 40-50% del capital invertido (sin contar los superbeneficios extraídos de la especulación del suelo). Del lado de la demanda, ocurre que, si bien las necesidades son enormes (como paten-

tiza el cuadro anterior) —y por tanto la demanda **potencial es elevada**—, la demanda **real o solvente** es mucho menor. «El mercado de la vivienda se caracteriza (...) por la debilidad de la demanda solvente (menos de un 15% de la población puede pagar los precios del mercado libre y un 25% aproximadamente no puede pagar ni los precios de las viviendas protegidas o subvencionadas ni los de la casi totalidad de la promoción pública» (6). Se ha calculado que al precio mínimo de venta (269.580 pts por un cuchitril de 60 m² de superficie) los insolventes representan el 31,11% de los demandantes (7).

El problema es tanto más grave cuanto que en los últimos años, debido a la pérdida constante de valor adquisitivo de la peseta y al bloqueo de los salarios, las empresas tienden a edificar para la venta y no para el alquiler. Basta con decir que el 88% de las viviendas promovidas en 1965-1969 se destinaron a la venta. Si tenemos en cuenta sólo las viviendas promovidas por sociedades —excluyendo por tanto las de promoción pública— el porcentaje asciende al 95%. Actualmente en el Area Metropolitana de Barcelona sólo el 51% del parque de vivienda es de alquiler, y si la tendencia anterior se mantiene (como es de prever, puesto que las mismas causas producen los mismos efectos), el porcentaje de viviendas de alquiler disminuirá aún más en beneficio de las de propiedad.

La incidencia del precio de la vivienda sobre el nivel y las condiciones de vida de las masas adquiere proporciones cada vez más graves. Al precio creciente de la construcción misma, derivado de la subida general de precios (con una tendencia alcista por la presión de la demanda), se añade el encarecimiento progresivo del precio del suelo, sobre el que doy algunos datos más adelante.

«Un 37,5% de los hogares dedican más de un 10% de sus ingresos al alquiler» (8). Y la situación de las familias que pagan su piso a plazos y con crédito es aún más angustiosa. La letra de cada mes no espera; es implacable, y a ella hay que sacrificarlo todo si no se quiere perder el piso y perder todo el dinero ya enterrado en el asunto. El acceso a la propiedad de la vivienda, salida inevitable para muchos (puesto que el mercado ofrece cada vez menos pisos de alquiler) y señuelo para otros, que aspiran a la precaria seguridad del hogar propio en una sociedad que no garantiza al trabajador contra accidentes, paro o vejez, es una cadena gravosa que

se va enrollando alrededor del cuello de miles de trabajadores y los esclaviza a las jornadas agotadoras de 10, 12 y más horas de trabajo. ¡Esa es nuestra «sociedad de consumo»!

El aumento de los precios, por otra parte, no se acompaña de una mejora de la calidad de las viviendas, sino todo lo contrario, como se expresa gráficamente en el siguiente dato: el tamaño medio en superficie del conjunto de viviendas del municipio de Barcelona ha pasado de 76 m² en 1958 a 69 m² en 1960 y a 65 m² en 1965. El grado de hacinamiento se agrava, pues, aceleradamente. Estos datos se completan con el siguiente: en la comarca de Barcelona, el 60% de las viviendas tiene de 50 a 75 m² de superficie.

El equipo de las viviendas del Area Metropolitana es el siguiente:

- 5,2% tiene más de un cuarto de baño
- 11,1% dispone de calefacción
- 20,6% aseo muy incompleto (sin ducha, sin WC o sin lavabo)
- 4,9% carece de instalación de agua
- 1,1% carece por completo de servicios (9).

Y estas cifras no son sino un pálido reflejo de una realidad agobiante de casas hechas con materiales de ínfima calidad, que envejecen en pocos años, que se agrietan, que se llenan de humedad, con servicios completamente abandonados, como este bloque del barrio



de San Lorenzo (Tarrasa) de doce pisos de altura donde los dos ascensores llevan varios meses (11 uno y 6 el otro) sin funcionar, sin que la Obra Sindical del Hogar —a la que el bloque pertenece— se digna poner remedio pese a las protestas de los inquilinos. Para ciertos servicios, como el suministro de butano o la asistencia de médicos, practicantes, etc., los vecinos hallan serias dificultades.

Al lado de los problemas de la vivienda propiamente dicha, los trabajadores se ven enfrentados con un conjunto de déficits urbanísticos de infraestructura y equipamiento no menos graves. En general las inversiones de la administración local se dirigen hacia las



zonas socialmente privilegiadas, destinadas a la burguesía media y alta, o hacia gastos suntuarios y de prestigio, y dejan desasistidas las zonas donde viven la clase obrera y otras capas populares: ciertos cascos urbanos viejos y los nuevos suburbios que acogen a las masas trabajadoras en un hábitat a la vez subintegrado y socialmente segregado.

En los barrios obreros y populares hay carencia de pavimentación y desagües o cloacas, de condiciones higiénicas en general, de alumbrado, de transportes, de zonas verdes

y espacios libres. Hay gigantescos déficits de servicios comunes, ya sean servicios asistenciales o sanitarios, escuelas o parques infantiles, mercados o centros deportivos.

Las denuncias en la prensa legal de Cataluña son constantes, y por tanto se conocen muchos casos. Barrios de miles de habitantes sin transportes adecuados, como Las Oliveras de Badalona, Torre Baró o Ciudad Meridiana en Barcelona, y tantos otros. Ciudades enteras sin un solo ambulatorio de la Seguridad Social, como el Prat de Llobregat, donde según las normas legales (un ambulatorio por cada 20.000 habitantes) debería haber dos ambulatorios; o el barrio de La Paz, en el Besós, donde, con 15.000 habitantes, no hay ni un dispensario. Varias Asociaciones legales y Centros del tradicional barrio de San Andrés, en Barcelona, han calculado que el déficit escolar de la barriada asciende a 24.000 plazas escolares.

La lista podría hacerse interminable.

¿Cómo es posible que las cosas estén de esta manera? ¿A qué obedece el caos clasista y la pobreza de los equipamientos colectivos de nuestras ciudades?

■ ¿«EL PRECIO DEL PROGRESO»?

Los portavoces del régimen franquista y de la oligarquía y algunas personas víctimas de una visión tecnocrática muy difundida afirman que el crecimiento urbano y sus secuelas no son sino «el precio del progreso», precio fatal e inevitable que debemos pagar si no queremos vegetar en el atraso.

En realidad, son el precio que hay que pagar a una forma muy particular de progreso: el progreso capitalista en el contexto de un régimen dictatorial.

No es preciso un esfuerzo descomunal para percibir el papel de los gobernantes corruptos al servicio de la oligarquía capitalista en la configuración caótica e injusta de nuestras ciudades: es de una evidencia palmaria. Lo que resulta menos evidente pero, precisamente por esto, más interesante para el esfuerzo intelectual es comprender cuál es la diná-

mica de fondo que empuja a las formas peculiares que adopta la urbanización en nuestro país.

Por su tendencia espontánea, el capital tiende a invertirse —debido a su búsqueda del máximo beneficio privado en el menor lapso de tiempo— en aquellas zonas y en aquellos sectores de actividad donde hallará las mejores condiciones para su reproducción ampliada. Si en épocas primitivas del capitalismo las empresas se instalaban en lugares próximos a fuentes energéticas (ríos, minas) o con reservas de mano de obra cualificada por tradición artesana, hoy tiende a dirigirse hacia las aglomeraciones industriales ya existentes, donde hay infraestructuras disponibles (comunicaciones y transporte, suministro energético, etc.) y mano de obra en abundancia fácil de reclutar y de reponer. Es decir: las grandes ciudades. Esta tendencia espontánea es la raíz de los desequilibrios regionales y geográficos inherentes al capitalismo, puesto que en virtud de la misma las zonas ya urbanizadas e industrializadas tienden a atraer las inversiones, mientras que las menos industrializadas-urbanizadas se arruinan y se despueblan.

Este es el fundamento de la siguiente afirmación de Engels: «La forma en que una revolución social resolvería esta cuestión [el problema de la vivienda] no depende solamente de las circunstancias de tiempo y lugar, sino que además se relaciona con cuestiones de mucho mayor alcance, entre las cuales figura, como una de las más esenciales, la supresión del contraste entre la ciudad y el campo» (9 bis).

En las ciudades, la burguesía capitalista (constructoras e inmobiliarias) tiende a una utilización muy intensiva del suelo y del espacio urbanos con la mira puesta en la maximización de los beneficios, sin consideración del valor de uso de la edificación ni del espacio urbano. Esto se traduce en casas de muchos pisos (cuantas más viviendas contenga un terreno, mayor será la base de beneficios) utilización intensiva de todos los solares para la edificación en detrimento de los usos colectivos que no son rentables para el capital privado (escuelas, centros sanitarios o asistenciales, espacios verdes, etc.) e incluso depredación de los terrenos públicos con la complicidad de la Administración. En Barcelona, por ejemplo, 17 años después de la adopción del Plan de Ordenación Urbana de 1953, la ciudad ha perdido el 28% de los espacios libres zonificados por el Plan (10).

No es infrecuente leer lamentaciones en la prensa: un ala de un hospital derruido con objeto de entregar el solar a una empresa constructora, un terreno previsto para zona verde cedido a una empresa inmobiliaria, etc.

Ahora bien, frente a las tendencias espontáneas de la acumulación capitalista la burguesía es capaz, a veces, de levantar una barrera protectora para ciertos intereses sociales, ya sea bajo la presión de las capas populares o bajo el impulso de ciertas contradicciones que llegan a hacerse insostenibles.

La política de «polos de desarrollo», por ejemplo, busca corregir las extremosidades excesivas de los desequilibrios regionales. Con la creación de infraestructuras industriales, el establecimiento de exenciones fiscales, facilidades crediticias y otros estímulos, el Estado aspira a atraer los capitales hacia zonas poco desarrolladas. En España, por lo menos, esta política ha dado muy escasos frutos. Algunos de ellos han entrado en franca crisis, como es el caso de Sevilla, donde, después de unos años de cierta activación industrial, ha sobrevenido el cierre de numerosas industrias y el paro consiguiente para muchos obreros. Y en conjunto la política de los polos de desarrollo no ha conseguido corregir poco ni mucho las grandes líneas del crecimiento industrial y sus consecuencias territoriales.

Otro intento corrector de las tendencias espontáneas del desarrollo capitalista es la planificación urbana. El primer intento de planificación en Barcelona bajo el franquismo fue el Plan de Ordenación Urbana de 1953. Su finalidad expresa era doble: encauzar el crecimiento demográfico conservando el carácter peculiar de cada núcleo y diseñar un plan orgánico de comunicaciones. Sus finalidades eran sin duda muy insuficientes en función de lo que se le venía encima a la ciudad; pero aun así hoy, veinte años después, podemos comprobar lo lamentable de sus resultados. No sólo Barcelona ha seguido creciendo anárquicamente como antes de 1953 hasta convertirse en una aglomeración amorfa que ha absorbido los núcleos que pretendía conservar; no sólo los problemas de comunicaciones han llegado a extremos de una gravedad insospechada; sino que, además, la pseudo-planificación ha sido incapaz de proveer con los suficientes servicios tanto los núcleos antiguos como las nuevas aglomeraciones suburbanas que han ido creciendo al socaire de la industrialización.

Los planes parciales, que han ido completando posteriormente el Plan de 1953, tampoco han servido para enderezar o contra-

rrestar las tendencias espontáneas del desarrollo capitalista hacia el caos urbano, sino que han ido a la zaga de este desarrollo. Lo prueba el hecho, antes mencionado, de que la ciudad haya perdido el 28% de los espacios libres zonificados por el Plan 17 años después de adoptado éste: el Plan ni siquiera ha tenido fuerza para impedir que la voracidad de los monopolios arrebatara a la comunidad unos terrenos libres a cuyo uso tenía un derecho pleno y reconocido por la ley. «La realidad de la dinámica urbana» —léase de la dinámica **capitalista monopolista**— «ha sido más fuerte siempre y sistemáticamente ha contradicho los deseos de la Administración» —léase los deseos **proclamados**, aunque ficticios, de la Administración (11).

Los planes parciales han sido y siguen siendo una de las circunstancias más propicias para la colusión entre los intereses privados de las grandes compañías constructoras e inmobiliarias y los poderes públicos. Han supuesto «uno de los principales puntos en que se ha apoyado la especulación del suelo en los últimos años. La redacción de un plan parcial significa, a nuestro entender, ante todo la revalorización de unos terrenos que, por el uso que tenían previsto, o por no tener accesos abiertos, no resultaban suficientemente rentables a los intereses privados» (12).

En suma, toda la política urbana del franquismo, de la cual los planes son la expresión más conspicua y declarativamente más «social», pone claramente de manifiesto la supeditación absoluta de los poderes públicos a los intereses inmediatos del capital monopolista; es una expresión concreta sumamente obvia de la naturaleza del **capitalismo monopolista de Estado**. El objetivo prioritario de la inversión pública y de la planificación urbana capitalista es, pues, «facilitar los beneficios del capital en general a costa del consumo de toda la población y dar ocasión a la realización de grandes negocios a ciertos particulares con el dinero de todos los contribuyentes» (13).

LA ALTERNATIVA DEMOCRÁTICA PARA EL DESARROLLO URBANO

Esta tendencia espontánea a la concentración geográfica y espacial sólo puede eliminarse con la expropiación del capital monopolista y con la implantación consiguiente de

un tipo radicalmente nuevo de desarrollo económico basado en la **planificación racional y democrática** de las grandes inversiones, que permitiría una organización del espacio urbano en función de las necesidades reales de la población.

El hecho de arrebatarse a la oligarquía los recursos decisivos de la sociedad y ponerlos a disposición de la colectividad; el hecho de abolir así la dictadura del gran capital sobre la ordenación territorial y urbana permitiría administrar los recursos de modo democrático, colectivo, atendiendo prioritariamente a las necesidades —democráticamente determinadas— de vivienda, de escolarización, de servicios sanitarios y asistenciales, de espacios verdes, de lugares de reunión y diversión, de transportes eficaces y no contaminantes, de protección del medio urbano, etc.

El problema más grave y urgente para las masas trabajadoras es el de la **vivienda**. Para resolverlo, un régimen antimonopolista deberá **abolir la propiedad privada del suelo urbano** y proceder a la **socialización de las grandes empresas inmobiliarias**. Una vez desaparecida así la base para el encarecimiento especulativo del precio de las viviendas, y gracias a la gestión pública de la mayor parte de la industria de la construcción, será posible abordar la realización de planes urgentes y racionales de construcción de viviendas baratas y sólidas. El primer objetivo será la supresión del barrataje y las situaciones de realquilados, así como los restantes déficits más fundamentales.

Para la construcción podrán fomentarse todos los medios en interés de las masas populares (cooperativas, ayuda a quienes deseen construirse sus propias casas, etc.).

La propiedad de la vivienda de uso propio o de la que sea fruto del ahorro personal deberá ser respetada, y se facilitará el acceso rápido a la propiedad de quienes estén pagando los plazos de una vivienda de compra, aunque tendiendo a que las nuevas viviendas sean de propiedad pública y con un alquiler reducido, en función del salario. (En algunos barrios de Barcelona y otras ciudades catalanas ha aparecido con fuerza la reivindicación de un alquiler no superior al 10% del salario.)

La arbitrariedad tiránica con la que el gran capital y sus sicarios en el poder «resuelven» estas cuestiones pone al desnudo de una manera brutal el carácter profundamente antidemocrático del sistema capitalista. Las masas populares, al reivindicar sus más elementales

aspiraciones a la organización del marco concreto en que se desenvuelve su vida cotidiana, luchan por la democracia en el sentido más profundo; luchan —aunque no lo sepan siempre— por una democracia no sólo política sino también económica y social. Luchan por la gestión democrática de los grandes recursos económicos de la sociedad, por una política de inversiones supeditada no al máximo beneficio privado sino al máximo bienestar público. Luchan, en suma, por una **democracia real o material** (y no sólo formal) que sólo el socialismo puede ofrecer.

Por esto en el seno de los movimientos urbanos de hoy, que chocan diariamente con la opresión política franquista, se está fraguando, en torno a la lucha por la libertad y la democracia, una alianza de clases de contenido antimonopolista y, en definitiva, anticapitalista.

Una democracia material como la descrita supone necesariamente que el centro de las opciones políticas y sociales dejen de ser los Consejos de Administración de las grandes empresas y los bancos o los organismos públicos designados a dedo, que toman sus decisiones en la penumbra de sus consistorios. Supone una democratización radical de la vida económica y política, que exigirá una descentralización administrativa.

El franquismo ha operado una fuerte centralización administrativa, como una forma más de concentrar los recursos públicos en manos del poder político y reforzar el capitalismo monopolista de Estado, poniendo así en un grado mayor el capital social a los pies del capital privado. Las capacidades económicas de la administración provincial y local han disminuido en unos años en que las diputaciones y los municipios han tenido que hacer frente a unas necesidades sin precedentes. Los gastos de los organismos locales que en 1930 representaban el 28% del gasto público, bajaron hasta el 18% en 1970 (14).

La forma concreta en que se manifiestan los actuales movimientos urbanos de protesta expresan otra dimensión de esta democracia que podríamos llamar **local**. Expresan la aspiración a la gestión de todos los aspectos que rigen la vida cotidiana, a un dominio real del medio concreto en que se desenvuelve la mayor parte de la vida de cada uno, hoy sometido al poder arbitrario de una fuerza que escapa al control e incluso a la comprensión de los seres humanos. Si la lucha emancipadora es lucha contra la enajenación, es decir, contra el dominio incontrolado de

fuerzas ajenas, la **aspiración a la democracia local** es una de las dimensiones esenciales de este esfuerzo.

El contenido de esta democracia local será una **nueva organización del espacio, de los servicios colectivos, del ocio**, al servicio de fines propios y enriquecedores del género humano como comunidad. En gran parte, habrá de ser una **recuperación** de la idea y del hecho mismo de la **comunidad**, a partir de la degradada situación de individualismo y de ruptura de los vínculos solidarios que caracteriza a la gran metrópoli capitalista moderna.

LA PROPIEDAD PRIVADA DEL SUELO

La propiedad privada del suelo ha desempeñado un papel crucial como factor del crecimiento capitalista de la ciudad. Un grado intenso de aglomeración urbana lleva consigo un aumento de la demanda de espacio y, por consiguiente, un encarecimiento del precio del suelo.

Para tener una idea de la magnitud aterradora de este fenómeno, véanse los datos siguientes. Según declaraciones al **Noticiero Universal** (9-3-73) de José Manuel Romay Beccaria, asesor adscrito al Ministerio de la Vivienda y director del gabinete de estudios de la Dirección General de Urbanismo, la incidencia del precio del suelo en los precios de la vivienda alcanza los porcentajes siguientes:

Inglaterra	14-33%
Holanda	17-25%
Suiza	18-25%
Barcelona	50-60%

Añade que estos valores para Barcelona son semejantes a los de Madrid y París.

También puede medirse la magnitud del proceso de encarecimiento del suelo con el dato siguiente: mientras que el nivel general de precios entre 1950 y 1963 ha aumentado en un 94%, el precio del suelo ha crecido **en un 900%**! Se calcula que estas rentas parasitarias han producido en nuestro país beneficios del orden de los 40 000 millones de pesetas (cifras dadas por A. Serratosa en **La Vanguardia** del 14-1-72). Téngase en cuenta,

además, que la edad dorada de la expansión urbana, los grandes negocios y la especulación con la vivienda y el suelo se sitúa en el período posterior a 1963.

Aparte de la incidencia que pueden representar estas rentas parasitarias tan importantes en el nivel general de precios (no hay duda de que se trata de un **factor inflacionista** nada desdeñable), en el campo que aquí nos ocupa tiene varias consecuencias importantes. La primera es el encarecimiento de las viviendas, que repercute muy gravosamente sobre el nivel de vida de los ciudadanos en general y de los trabajadores en particular. Otra consecuencia de peso estriba en que dicho encarecimiento hace que las expropiaciones de solares privados con finalidades públicas resulten más lentas y costosas, de tal modo que las actuaciones urbanísticas de interés social resultan obstaculizadas y gravitan onerosamente sobre el erario público. Reconocer este obstáculo **objetivo** a la libertad de acción de los poderes públicos no obsta para admitir que muchas veces las actuaciones de la Administración no son de interés social, ni para admitir la injusticia de que son a menudo objeto las clases populares cuando se trata de expropiaciones con indemnización irrisoria. Este es un problema aparte, que se deriva del carácter clasista del poder.

Las rigideces que introduce la propiedad privada del suelo urbano y su carácter de mercancía han hecho que incluso personas que no tienen nada de socialistas hayan preconizado la socialización del suelo. En realidad, esta medida no es contradictoria, en sí misma, con el desarrollo capitalista, como había visto ya Marx a propósito de la propiedad de la tierra en general. Sin embargo, se sitúa en un terreno completamente utópico dentro del marco del capitalismo.

En cambio la **abolición de la propiedad privada del suelo urbano** es posible y necesaria bajo el socialismo, y constituye una condición indispensable para el **uso social** del suelo en el contexto de una planificación urbana racional y democrática.

LA CIUDAD, PUNTO DE RUPTURA

Los movimientos urbanos que se extienden y generalizan en nuestras urbes —al igual que en todas las grandes ciudades del mundo capitalista desarrollado o semidesarrollado—

prueban que la ciudad se está convirtiendo en un **punto de ruptura** del sistema social, en un foco más de cristalización de la lucha de clases.

La ordenación capitalista del territorio está en la raíz de todos los vicios de la urbe moderna. El crecimiento caótico de las ciudades corre parejas con la despoblación y depauperación de muchas zonas rurales. Este crecimiento desequilibrado empeora las condiciones de vida de las masas trabajadoras y eleva los costes sociales. Por una parte, se echan a perder recursos naturales y humanos en la zonas arruinadas. Por otra parte, la degradación del medio urbano empeora la calidad de la vida y eleva artificialmente el nivel de necesidades de la población (necesidad de transporte, de aire puro, de silencio, de contacto con la naturaleza). La ciudad empeora las condiciones de salud de la especie humana y acrecienta así los gastos de reposición de la fuerza de trabajo.

Convendría estudiar con más detenimiento esta elevación de los costes sociales, que se manifiesta de muy diversas maneras. La prioridad otorgada a los transportes individuales frente a los colectivos multiplica considerablemente el despilfarro social; obedece a dos causas principales: la estimulación desenfrenada al consumo individual, con todas sus consecuencias morales e ideológicas, y el papel estratégico que desempeñan en el mundo capitalista las industrias del petróleo y del automóvil.

Otra manifestación de aumento de los costes sociales lo tenemos en la práctica de sacrificar tierras feraces y de romper los equilibrios ecológicos en aras de intereses capitalistas privados. Este es el caso de muchas tierras cercanas a Barcelona, como el delta del Llobregat, con una importante producción de frutas y hortalizas.

De todos modos, la cuestión del aumento de los costes sociales provocado por el crecimiento urbano desordenado va mucho más lejos de lo que puedan sugerir estos ejemplos. Es una de las cuestiones que en años venideros irá presentándose con más fuerza.

Una contradicción fundamental de la urbe capitalista es la que se da entre la necesidad **social** de ordenación del espacio urbano y el carácter **privado** de las fuerzas que impulsan y organizan el crecimiento urbano. Se trata, en definitiva, de una forma particular de la contradicción general, inherente al capitalismo, entre carácter social de la producción y apropiación individual de ésta.

El carácter **productivista** de la sociedad

impone una ciudad concebida «únicamente al servicio de la producción e intercambio, dando prioridad absoluta a la red viaria y localización óptima de las actividades sobre las condiciones de vida de la población, destruyendo sin vacilación la ciudad como marco privilegiado de la vida colectiva» (15). A esto hay que añadir el **clasismo** que impone las discriminaciones ya mencionadas, que configuran el espacio urbano como ámbito de segregación entre unas y otras clases sociales.

Todas estas contradicciones dan lugar ya a numerosas luchas de masas de carácter reivindicativo, destinadas a obtener mejoras concretas en las condiciones de vida. Estas luchas apuntan contra las grandes empresas, contra los poderes municipales o estatales, contra la Obra Sindical del Hogar. En ellas se expresa una aspiración a vivir mejor, pero también a autogobernarse, es decir, a la democracia. De forma latente, los movimientos urbanos plantean también la necesidad de nuevas formas de vida urbana.

Es indispensable que los comunistas consigan que esta necesidad sólo latente en las masas se convierta en una necesidad consciente y halle una salida real, puesto que sólo una dirección revolucionaria puede dar respuesta y solución a la crisis urbana.



EL PROBLEMA DEL PODER

A lo largo de este trabajo se ha ido destacando cuál es la raíz material y social de la crisis: el desarrollo capitalista monopolista. La lucha por una ciudad nueva pasa, pues, por la destrucción del poder del gran capital y la implantación de un tipo de desarrollo económico completamente nuevo, basado en la apropiación colectiva de los principales recursos financieros y productivos que permita una planificación racional y democrática.

Para salir de la crisis urbana, frente a la anarquía y a la corrupción propias del poder oligárquico actual, no cabe más alternativa, pues, que una **democracia antimonopolista y antilatifundista** que abra el camino al socialismo. Entre lo actual y esta salida revolucionaria no hay salidas intermedias. Las reformas que no ataquen en su raíz el poder de los monopolios no serán más que paños calientes, incapaces de anular la lógica avasalladora del capital monopolista.

En éste, como en todos los terrenos de la vida social se enfrentan en España dos vías

de desarrollo: la oligárquica y la democrática, entre las que media una revolución política y social. Sólo la última podrá abrir una solución a la crisis urbana que sea acorde con los intereses de las grandes masas.

Este frente de la lucha de clases ofrece unas particularidades muy propias. Si el lugar de trabajo, donde se enfrentan de la manera más directa la burguesía y el proletariado, sintetiza la **esfera de la producción de bienes y servicios**, el lugar de residencia —la ciudad, el barrio —representa la **esfera de la reproducción de la fuerza de trabajo**.

En los movimientos de lucha urbana que hemos conocido, la clase obrera tiene un peso determinante. Las acciones más masivas y resueltas contra la polución, por la mejora de los servicios escolares y sanitarios, por mejores transportes y condiciones urbanísticas o contra los atentados a la salubridad de los barrios se han producido en barriadas obreras, donde todos estos problemas alcanzan una gravedad máxima.

Pero estos problemas no afectan sólo a la clase obrera, sino a todos los habitantes del barrio: artesanos, funcionarios modestos, pequeños comerciantes e industriales, empleados y profesionales proletarizados. Es más, la degradación general del medio urbano (como en los casos de la contaminación atmosférica, la desaparición de espacios verdes, el suministro de gas o los problemas de circulación y transporte) afecta a **todas** las clases sociales.

El que todos estos problemas no puedan hallar solución si no es gracias al derrocamiento del poder de la oligarquía financiera convierte a los movimientos urbanos de lucha en un medio privilegiado de convergencia de las distintas clases y capas del pueblo de cara al combate contra el gran capital. Es decir, en crisol donde se funde un amplio **movimiento popular de signo antimonopolista**. Ahí se debilita la capacidad hegemónica de la oligarquía al revelarse ésta incapaz de dar solución a los problemas, y se afianza la hegemonía de la clase obrera sobre el conjunto de la sociedad, en la medida —claro está— en que su vanguardia política es capaz de dirigir estas luchas.

A veces se enfrentan diversas líneas en estos movimientos, con contenidos de clase distintos. En torno al Plan de la Ribera, en Barcelona, por ejemplo, los comerciantes afectados impugnaron el Plan sobre la base de la mera defensa corporativa de sus comercios. En cambio, allí donde los obreros han dirigido la acción (como en el caso de las impugnaciones

del Plan de Trinitat —Torre Baró— Vallbona) su planteamiento se ha basado en las necesidades primarias de la totalidad de la población: vivienda en el mismo barrio, del mismo precio o alquiler, con dotación de infraestructuras urbanísticas y de servicios. La diferencia de clase se expresa en el contenido **corporativo** y **particularista** de la reivindicación pequeño-burguesa y el contenido **universal** de la reivindicación obrera.

La conclusión que debe sacarse no es que deban ignorarse las inquietudes de la pequeña burguesía, sino que deben integrarse en un planteamiento más general que abarque a toda la población y que plantee las necesidades básicas de ésta. Así se expresa la **dirección política de la clase obrera**, como clase universal que al emanciparse emancipa a toda la sociedad.

NOTAS

(1) Armand Sáez, «Explosión demográfica y gigantismo urbano», en **Dossier Mundo**, n° 18 (febrero 1973), págs. 14-15.

(2) **La Gran Barcelona**, n° 10 de la revista CAU, del Colegio de Aparejadores de esta ciudad, pág. 31 (J. Borja). En adelante, esta revista será citada por las siglas GB seguidas de un número que indique la página y del autor del artículo entre paréntesis.

(3) GB, 49 (P. Verrié).

(4) GB, 52 (J. Lleixá).

(5) GB, 48 (J. Borja).

(6) GB, 59 (J. Borja).

(7) GB, 52 (J. Lleixá).

(8) GB, 51 (J. Lleixá).

(9) Ibid.

(9 bis) F. Engels, **Contribución al problema de la vivienda** (en el volumen Marx-Engels, **Obras Escogidas**, Buenos Aires 1957, pág. 392).

(10) GB, 83 (J. Borja - M. Tarragó).

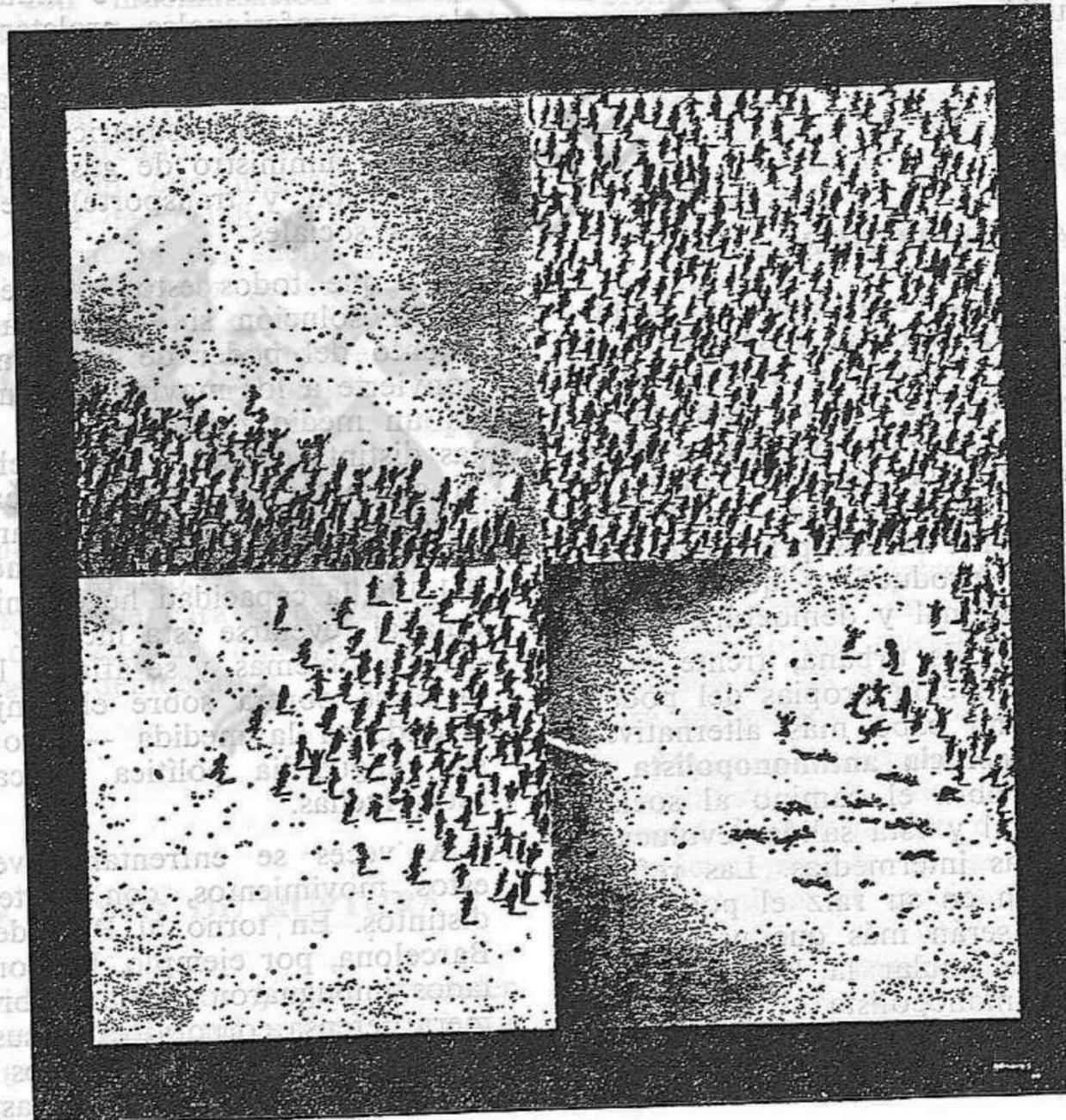
(11) GB, 85 (J. Borja - M. Tarragó).

(12) GB, 84 (J. Borja - M. Tarragó).

(13) GB, 85 (J. Borja - M. Tarragó).

(14) R. Trias Fargas, **Introducció a l'economia de Catalunya**, Barcelona (1972), pág. 132.

(15) GB, 88 J. Borja - M. Tarragó).



Se ha celebrado una reunión a nivel del Estado Español de las organizaciones universitarias del Partido Comunista de España y del Partit Socialista Unificat de Catalunya. Se ha discutido, sobre la base de las aportaciones de las distintas organizaciones en torno a nuestra política universitaria, llegando a una elaboración política conjunta que sin duda va a contribuir al trabajo del Partido en cada Universidad y a esclarecer una vía de avance para el Movimiento Estudiantil.

■ UN NECESARIO REPLANTEAMIENTO: EL NUEVO PAPEL DEL M.E.

La inestabilidad que hoy tiene el panorama político español, se ha puesto de manifiesto en la aceleración creciente de acontecimientos (que van desde el atentado a Carrero hasta el asesinato de Puig Antich). Se vive, pues, en el país una situación de expectativa y preocupación ante el futuro político. Todos los grupos, todas las fuerzas se preparan para los cambios políticos que están a la orden del día; unos para retrarsarlos, otros para acelerarlos y darles un sentido acorde a sus intereses. Desde el discurso con un cierto carácter post-franquista de Arias hasta el auge de las luchas populares, pasando por la delimitación de posiciones en los sectores centristas, en todas partes se observa ese clima de preparación ante el futuro. Si añadimos que la política que se practica desde el Gobierno afecta gravemente a las aspiraciones políticas y a los intereses económicos y sociales de sectores cada vez más amplios de la población generando movimientos de masas cada vez más amplios, comprenderemos que la coyuntura histórica que se vive hoy es la del **CAMBIO**. La exigencia de ese cambio atraviesa e impregna toda la sociedad; el sentido de ese cambio es la conquista de las **libertades democráticas**.

Estamos, pues, en un período en el cual se aceleran las condiciones para realizar la **REVOLUCION POLITICA** que conquiste la democracia, que abra las puertas a la realización de los intereses de las masas. Es el período en que todas las fuerzas, y en primer lugar los comu-

nistas, deben esforzarse para hallar los instrumentos que faciliten ese objetivo: la realización de la **Huelga General Política** y la **Huelga Nacional**, la plasmación del **Pacto para la Libertad**.

Para realizar este proceso hay que dejar de ser espectadores y convertirse en protagonistas; el M.E. tiene que plantearse con toda urgencia su colaboración, su inserción plena en esta tarea política. La tradición de lucha del M.E., su extraordinaria sensibilidad para con los acontecimientos políticos, su capacidad de influencia sobre otros sectores de la población, la dimensión social y política de la problemática universitaria, lo hacen posible. A los estudiantes nos está reservado, indudablemente, un papel importante en el cambio democrático de nuestro país.

Este papel lo va a jugar, el M.E., a través de la lucha política contra la dictadura, pero específicamente a través de su capacidad para vincular su problemática propia (la problemática universitaria y educativa) con la salida política que exige el país.

No son ya consideraciones políticas globales las que aconsejan ese papel del M.E.; es el mismo interés de los estudiantes, en cuanto a sector social enfrentado a una Universidad en crisis, a un gobierno y una política antiestudiantil, el que indica esa necesidad.

Los estudiantes son la fuerza principal y a la vez la víctima inmediata de un panorama educativo que sin duda exige soluciones globales y radicales. Ahora bien, la actual situación de la Universidad y de la enseñanza no afecta únicamente a los estudiantes. Es, en primer lugar, una hipoteca para todo el país, para

su desarrollo social y económico. Es éste —el terreno de la gestión educativa— un punto de conflicto de todo el pueblo con el capitalismo monopolista que domina el país. Es, por último, una permanente ejemplificación del desastre que supone la pervivencia de la dictadura para el interés nacional.

Al hablar del carácter político y del mayor peso que debe coger el M.E., nos referimos, precisamente, a su capacidad para dar todo este carácter amplio a su problemática.

Y no nos mueve un punto de vista perfeccionista. Hay que tener presente que objetiva y subjetivamente (en la conciencia de los estudiantes) así están planteadas las cosas. Hoy los estudiantes sienten la vital necesidad de aclarar por qué camino se solucionarán sus problemas, con qué fuerzas pueden contar para ello, cómo transformar su potencial de lucha en capacidad de victoria. Sienten la necesidad de que cada reivindicación se plantee en un contexto más amplio que le dé sentido y perspectiva. Y esto no significa el abandono de las pequeñas reivindicaciones; significa, simplemente, que acabó ya la fase de acumulación de fuerzas; que ahora, las fuerzas ya acumuladas y las que todavía necesitamos deben estructurarse, crecer en relación a objetivos globales y claros.

De otra forma el M.E. languidecerá ante la presión enorme de la crisis universitaria; será un movimiento de pequeños conflictos y de pequeñas minorías con explosiones esporádicas; es decir un movimiento en crisis. **La actual crisis del M.E. es una crisis de desarrollo, de adaptación a tareas nuevas.**

Estas nuevas tareas son la elaboración y la lucha consecuente por una **alternativa universitaria**; la consecución de una posición dirigente y responsable en el proceso de enfrentamiento a la política ministerial, en el debate público en torno a la problemática de la enseñanza. Por consiguiente, convertir el M.E. en portavoz y exponente no ya de las opiniones estudiantiles únicamente, sino de las diversas opciones políticas y sociales que coinciden en la necesidad de un marco democrático para la resolución de la problemática educativa.

* * *

■ EL NUEVO M.E. QUE HAY QUE CONSTRUIR

Nosotros entendemos el M.E. como un **movimiento socio-político de masas**. ¿Qué significado tiene esta concepción en el actual momento?

Hoy, construir un movimiento de este tipo es imprescindible para el país. Nuestro pueblo necesita una alternativa al actual sistema de enseñanza, una opción distinta a la monopolista. Y ese objetivo, esa responsabilidad la debe tomar el M.E.; como motor fundamental, como fuerza de vanguardia de esta necesaria transformación.

Es decir, un movimiento integrado por toda la masa estudiantil; pues sólo en la medida que sean la totalidad de los estudiantes protagonistas del movimiento aquel objetivo será alcanzable. Si se tratara tan sólo de denunciar una situación, de realizar una labor de propaganda, sería suficiente un M.E. de «minorías conscientes». Pero hoy se trata de realizar efectivas transformaciones, de luchar en la práctica por ellas. Y ello exige **la participación de todos los estudiantes**.

La masividad del movimiento depende no sólo de las reivindicaciones que lo estructuran sino, además, del tratamiento que reciban. Partiendo de los problemas sentidos (que no siempre son los pequeños problemas) hay que dar un planteamiento social y político a las reivindicaciones. **Social**, en lo que contienen de reivindicación popular en muchos aspectos de la problemática educativa, en lo que suponen de defensa de los intereses de las masas populares frente al capital monopolista. Y es este planteamiento amplio, social, popular, de sus problemas el que da al M.E. un carácter de movimiento revolucionario, de movimiento interesado en transformaciones de tipo económico y social que apunten hacia una perspectiva antimonopolista, de avances hacia el socialismo. **Político** porque la solución o el inicio de solución de cualquier reivindicación exige incluirla en un programa político universitario y general. Hay que unir cada reivindicación a los plan-

teamientos alternativos; no sólo a un programa general de lucha, sino también a un **programa político de recambio a la actual Universidad.**

En este sentido es necesario que el M.E. deje de ser, tan sólo, un movimiento contestatario y se convierta en movimiento soporte de un interés social y progresivo, soporte de alternativa a la Universidad. Que deje de ser un movimiento de defensa corporativa o de resistencia a la dictadura, y pase a ser un **movimiento de ofensiva.**

En esa perspectiva es esencial comprender que tal M.E. ha de ser un movimiento **organizado democráticamente.** A su carácter masivo le corresponde la necesidad de dotarle de organización democrática, surgida de los propios estudiantes. Entre estos se observa una clara voluntad protagonista, un rechazo de los modos sustituitas y vanguardistas en las decisiones sobre problemas que les son propios. Este fenómeno —el protagonismo de las masas— hay que verlo como clara expresión de la coyuntura histórica que vive nuestro país, como expresión de la madurez política de los estudiantes. Es imprescindible, pues, proponerse con toda claridad el objetivo de la auto-organización del M.E. viéndolo inseparable del nuevo papel que le corresponde, y a la vez, en muchas ocasiones, como garantía y como condición previa a la existencia y avance del movimiento. Es necesario resaltar, en este sentido, como las formas vanguardistas de organización —aparte de ser rechazadas— llegan a convertirse en obstáculo al propio desarrollo del movimiento.

Hablamos de **auto-organización estudiantil**, entendiendo que no se trata, tan sólo, de que los estudiantes deleguen en unos representantes los acuerdos, las decisiones, sino que además es necesario potenciar todas las formas de participación toda clase de organismos que expresen esta voluntad protagonista.

La **coordinación del M.E.** a nivel del Estado Español es la expresión y a la vez la condición de ese peso cualitativamente superior que debe tener el movimiento. Porque la problemática universitaria es general para todo el país, porque aspiramos a un movimiento ofen-

sivo, porque un movimiento que lucha por una alternativa exige objetivos programáticos comunes, porque la capacidad combativa y de influencia hoy está hipotecada por falta de coordinación.

No se trata, únicamente, de llegar a la coordinación mediante convocatorias puntuales de lucha. Hoy se trata de elevar el carácter de la coordinación alcanzada en el curso 71-72 a un nuevo nivel: **la unificación política de los objetivos de lucha y los programas de alternativa.** El peso del M.E. sobre la sociedad, el combate por una enseñanza democrática, exige esta coordinación. No hay que esperar a que todas las condiciones se den en todos los distritos para empezar esta tarea. En cierto modo, estas condiciones se darán en la medida en que se inicie la coordinación y esta se base en convocatorias y planteamientos atractivos para los estudiantes, con el conocimiento de que son generales para todo el país. De otra forma, lo que se ofrece es un M.E. raquíutico, disperso, con sus posibilidades de victoria disminuidas.

■ LA UNIVERSIDAD Y EL M.E. EXIGEN UN MARCO DEMOCRÁTICO

La problemática universitaria y educativa se ha convertido inevitablemente en **un punto de ruptura política y social** con la dictadura.

La política universitaria de la dictadura no sólo se ha enfrentado al estudiantado, también ha puesto en movimiento otros sectores de la Universidad (profesores y catedráticos) al producirse una situación en la que el enfrentamiento cada vez más agudo entre los estudiantes y la dictadura ha llevado a una **restricción de los centros de decisión y poder en la Universidad.** El profesorado se ha visto privado progresivamente de su posibilidad de intervención —ya de por sí reducida— en la gestión universitaria, y así vemos cómo sus formas de representación (Juntas, Claustro) son arrinconadas premeditadamente desde el Ministerio. Esta situación ha

coincido con el **proceso de desgaste de la Ley General de Educación**: de ser un proyecto en cierto modo atrayente para esos sectores, ahora ya nadie confía en que la dictadura pueda poner en pie una solución a los problemas universitarios. Las opiniones democráticas en el terreno universitario penetran irreversiblemente. Ese cambio lo ha producido específicamente el M.E. y la evolución de la situación política, generando la toma de conciencia de la necesidad de cambios democráticos.

La dictadura con su política universitaria ha tenido la «virtud» de aclarar cómo la Universidad para subsistir, para transformarse, necesita vitalmente **un marco democrático**.

El M.E., aun con ser el motor fundamental de este cambio, no ha tomado conciencia clara de ello, ni ha actuado consecuentemente hacia esos sectores con una política que pudiera atraerlos hacia sí. Sería utópico pretender que hicieran suyas todas las reivindicaciones y objetivos del M.E., pero sí es posible hallar un terreno de acuerdo, de convergencia en un aspecto que está en primer plano en la problemática universitaria: **las formas de gestión de la Universidad**. No es extraño que la reivindicación de **plena autonomía, de gestión democrática** penetre ampliamente en todos los sectores universitarios.

Cuando hablamos de convergencia, de diálogo con el profesorado no lo entendemos como algo accesorio al M.E., algo que sólo se realiza en las ocasiones que hay que negociar determinadas reivindicaciones o hay que «arrancar» tomas de posición favorables. Se trata también de trasladar dicha posible convergencia al terreno de la **alternativa a la Universidad franquista**. En este caso, una alternativa, que sin ser de fondo, es decir sin abordar el problema de la función social de la Universidad, signifique el acuerdo mínimo en torno al **marco institucional democrático** que exige la Universidad. Este programa mínimo de alternativa no tiene un valor únicamente en el ámbito universitario; tiene, de seguro, un poder de atracción y convocatoria en toda la sociedad, al presentarse como alternativa viable de recambio. A la vez, tiene una influencia polí-

tica considerable al ser un elemento que aclara el carácter democrático de los cambios que a nivel general se exigen.

Esta tarea de convergencia democrática en torno a la Universidad y sus problemas puede incluir a una amplia mayoría del profesorado, representa un gran poder de atracción hacia la opinión pública y evita que se produzca el aislamiento de la Universidad. En efecto, si los universitarios en su conjunto no dan una respuesta clara a sus problemas, un programa de recambio, se producirá en la sociedad una desvinculación de este problema, se generalizará la idea de que el problema universitario es algo inevitable en las sociedades «modernas», al igual, pongamos por caso, que la delincuencia juvenil o el alcoholismo. En esa situación el valor de las reivindicaciones estudiantiles desaparecería a los ojos del pueblo.

Así, es lógico que entendamos esta tarea de convergencia democrática no sólo como una tarea importante, sino además como **condición para la consolidación del M.E. como movimiento de masas**. Entendemos que la unidad del M.E. con otros sectores y fuerzas facilita la propia unidad de masas del M.E. En definitiva si los estudiantes no ven que sus reivindicaciones tienen, si no una posibilidad inmediata de satisfacción, si capacidad de influencia, lógicamente va a disminuir su disposición a la lucha, y por este camino el M.E. no conseguirá aglutinar más que a unas minorías.

La capacidad de diálogo del M.E. depende de que las reivindicaciones estudiantiles adquieran un planteamiento amplio, universitario, es decir que puedan ser representativas, no ya de un sector de la Universidad, sino de una opción global a la actual política universitaria, educativa, cultural, y por lo tanto con capacidad de arraigo en el medio universitario y fuera de él.

Depende también, de su capacidad para utilizar determinadas **posibilidades legales o semilegales**, en especial, su presencia en **Juntas, Claustros**, etc. No significa eso la aceptación de estos órganos, y por lo tanto la renuncia a una opinión propia sobre las formas de go-

bierno de la Universidad, la necesidad, en particular, de que la gestión democrática de la Universidad incluye forzosamente un reconocimiento del papel del estudiantado mayor del que se reconoce actualmente. Significa únicamente la voluntad de diálogo del M.E., el inicio de éste, la posibilidad, en muchas ocasiones, de arrastrar a amplios sectores del profesorado a opiniones democráticas sobre la gestión universitaria, en definitiva porque esas reivindicaciones —tal como decíamos— también interesan al profesorado.

Esta actitud, de hecho, puede generalizarse prácticamente a toda la actividad del M.E.: el M.E. como **movimiento autónomo enlaza** con una perspectiva revolucionaria para nuestra sociedad, con una solución de fondo a la actual Universidad, contiene multitud de reivindicaciones que no pueden ser satisfechas en un marco democrático, pero a la vez es un movimiento que se plantea —con una actitud política y responsable— la necesidad de una convergencia exigiendo este marco democrático, porque entiende que en él existen condiciones más favorables para la resolución de sus reivindicaciones.

* * *

■ TAREAS INMEDIATAS

Las tareas inmediatas del M.E. deben partir, lógicamente, de la actual política ministerial, por una parte, y de los problemas crónicos de la Universidad, por otra.

El Ministerio ha vuelto a poner a la orden del día el problema de la **Selectividad**. Con su proyecto de Ley se pretende elevar a niveles insospechados la restricción en el acceso a los estudios superiores. Este proyecto es, en primer lugar una grave amenaza para las nuevas generaciones de estudiantes. Y a través de ellos una amenaza para las aspiraciones populares en materia educativa, a las opciones de desarrollo de nuestra sociedad.

Este proyecto selectivo va aparejado a una línea de actuación —preconizada por el actual Ministro— que aparece como

una verdadera **contrarreforma educativa**. Contrarreforma en la Universidad, en el COU, en el Bachillerato, en la gratuidad de la E.G.B. Indica que el Gobierno quiere reducir espectacularmente los gastos en Educación. Es claro que tal opción es contraria a los intereses populares, es expresión de una opción de desarrollo económico de dependencia creciente a los monopolios internacionales, de desatención a las necesidades científicas, técnicas, sanitarias, culturales, que tiene realmente el país.

Le corresponde, pues, al M.E. enfrentarse radicalmente a este proyecto.

Enfrentarse en lucha directa contra los instrumentos que van a ponerse en pie para aplicar la selectividad, enfrentarse tomando la iniciativa política e ideológica en el debate público sobre los problemas educativos y las opciones que convienen, exigiendo la posibilidad de tal debate, denunciando, una vez más los métodos autoritarios y antidemocráticos de las resoluciones del Ministerio.

Tomando esta dimensión, el problema no va a ser exclusivo de los estudiantes de COU; va a ser un factor de unificación una vez más del **frente de la enseñanza**, con una extraordinaria proyección social. A los universitarios les corresponde, en primer lugar, apoyar resueltamente las reivindicaciones de sus compañeros y a la vez, entender que la selectividad se manifiesta en su propio terreno con los **planes de estudio**.

En la lucha, en la discusión, hay que revitalizar la labor en torno a los planes de estudio, exigiendo su provisionalidad hasta la elaboración, con plena participación de los estamentos universitarios, de otros que correspondan a las necesidades educativas que tiene planteadas el país.

Martínez Esteruelas hace recaer la crisis universitaria sobre las espaldas de los estudiantes. Repite de esta forma la misma actitud del Gobierno Arias con respecto a la crisis económica y la inflación.

Mientras estos son los hechos de la política ministerial, Esteruelas ha querido dar una imagen distinta de su antecesor Julio Rodríguez. Querría, sobre la base de determinadas promesas aperturistas y algunas concesiones —como la retirada del nuevo calendario, de las san-

ciones estudiantiles en Valencia y de los expedientes a catedráticos— conseguir un margen de confianza en la aplicación de su política fundamental: la selectividad.

Este objetivo —aislar a los estudiantes de otros sectores universitarios y ciudadanos— es **utópico**. La conflictividad del sector de la enseñanza es demasiado aguda como para que determinadas promesas o parciales concesiones —que tienen como límite el carácter fascista del Gobierno— sean suficientes para paralizar la creciente toma de conciencia de necesarios cambios democráticos. También depende de que el M.E. **tome la iniciativa** con su política de convergencia democrática, aislando al Ministerio y planteando las soluciones reales de la problemática universitaria, soluciones que se engloban en un marco democrático. Esta capacidad de influencia obliga al

M.E. a adquirir con urgencia el peso político que le corresponde en el actual momento; y esto significa iniciar una tarea de construcción de un M.E. organizado, estructurado, coordinado a nivel del Estado español, con objetivos comunes, iniciando la ofensiva general contra la política ministerial y por una Universidad de nuevo tipo, con plena autonomía, con libertades democráticas, con gestión democrática.

Es necesario, pues, no esperar más a iniciar la coordinación del M.E. Lo exige la contraofensiva lanzada por el Ministerio, la uniformidad de problemas en las distintas universidades (planes de estudio, sanciones...). Es condición para elevar el potencial de lucha de los estudiantes, puesto de manifiesto en la protesta general contra el asesinato de Puig Antich.

«Se ha realizado la más grande concentración de nuestra historia contemporánea en torno a los ideales de la izquierda», constató Mitterrand en su discurso de la noche del 19 de mayo al dar a conocer el resultado del escrutinio. Recordemos sus cifras, pues están cargadas de significación, no solo para hoy sino para el mañana próximo.

Con un total de electores (sólo 12 años de edad) de 23.337.507; 11.973 millones en el territorio continental de Francia.

Votos en la izquierda:

Giscard, 2.400.000 (10,3%)

Mitterrand, 22.937.507 (99,7%)

Inicio de los departamentos y territorios de ultramar:

Giscard, 13.398.205 (61%)

Mitterrand, 12.971.604 (49,19%)

Habría bastado que entre los 23.337.507 votos válidos 213.000 cambiara la papeleta para dar la victoria al candidato común de la izquierda. Y no digamos nada si, como ocurre ya en otros países de Europa occidental y como prometió Messmer sin cumplirlo, los jóvenes franceses de dieciocho a veintidós años hubie-

ran dispuesto del derecho al voto. Son 2.400.000 y según estudios recientes del Instituto Francés de la Opinión Pública, más del 60% habrían votado a Mitterrand. El porcentaje de los candidatos se habría invertido.



MINISTERIO DE CULTURA



M.E. a adquirir con urgencia el peso político que le corresponde en el actual momento; y esto significa iniciar una tarea de construcción de un M.E. orgánico, estructurado, coordinado a nivel del Estado español, con objetivos comunes, iniciando la ofensiva general contra la política ministerial y por una Universidad de nuevo tipo con plena autonomía con libertades democráticas con gestión democrática.

Es necesario, pues, no esperar más a iniciar la coordinación del M.E. Lo exige la contraofensiva lanzada por el Ministerio la uniformidad de problemas en las distintas universidades (planes de estudio, sanciones...). Es condición para elevar el potencial de lucha de los estudiantes, puesto de manifiesto en la protesta general contra el asesinato de Puig Antich.

TAREAS INMEDIATAS

Las tareas inmediatas que deben partir, lógicamente, de la política ministerial, por una parte, y de los problemas crónicos de la Universidad, por otra.

El Ministerio ha dado a conocer el orden del día del problema de la selectividad. Con su proyecto de Ley se pretende elevar a niveles insoportables la restricción en el acceso a los estudios superiores. Este proyecto es, en primer lugar una grave amenaza para las nuevas generaciones de estudiantes. Y a través de ellos una amenaza para las aspiraciones populares en materia educativa, a las opciones de desarrollo de nuestra sociedad.

Este proyecto selectivo va aparejado a una línea de actuación — preconizada por el actual Ministro — que aparece como

los expedientes selectivos — consecuencia de un margen de confianza en la aplicación de su política fundamental: la selectividad.

Este objetivo — aislar a los estudiantes de otros sectores universitarios y ciudadanos — es utópico. La conflictividad del sector de la enseñanza es demasiado aguda como para que determinadas promesas o parciales concesiones — que tienen como límite el carácter esencial del Gobierno — sean suficientes para paralizar la creciente toma de conciencia de necesarios cambios democráticos. También depende de que el M.E. tome la iniciativa con su política de convergencia democrática, aislando al Ministerio y planteando las soluciones reales de las problemáticas universitarias, soluciones que se engloban en un marco democrático. Esta capacidad de influencia obliga al Gobierno a abandonar una vez más los métodos autoritarios y antidemocráticos del Ministerio. En esta dimensión, el problema de los estudiantes no es un factor de unificación de todo un país, sino un factor de división una vez más del país. A la vez, una extraordinaria proyección social. A la Universidad le corresponde, en primer lugar, apoyar y promover las iniciativas de sus estudiantes y a la vez, entender que la selectividad es un problema de carácter nacional que afecta a todos los niveles de estudio.

En la lucha en la discusión que se plantea en estos momentos, es necesario que los estudiantes participen en forma activa en las actividades universitarias, en las actividades de carácter social y en las actividades de carácter político.

El primer paso es la toma de conciencia de los estudiantes de la importancia de la participación en las actividades universitarias, en las actividades de carácter social y en las actividades de carácter político.

El segundo paso es la toma de conciencia de los estudiantes de la importancia de la participación en las actividades universitarias, en las actividades de carácter social y en las actividades de carácter político.



J. IZCARAY

las elecciones presidenciales francesas

ROZANDO LA VICTORIA

«Se ha realizado la más grande concentración de nuestra historia contemporánea en torno a los ideales de la izquierda», constató Mitterrand en su alocución de la noche del 19 de mayo, al ser conocido el resultado del escrutinio. Recordemos sus cifras, pues están cargadas de significación, no sólo para hoy, sino para el mañana próximo.

Con un récord de participación (sólo 12,06% de abstenciones en la metrópoli; 12,67% incluidos los departamentos y territorios de ultramar):

Votos en la metrópoli

Giscard, 13.083.719 (50,66%)

Mitterrand, 12.740.985 (49,33%)

Incluidos departamentos y territorios de ultramar

Giscard, 13.396.203 (50,81%)

Mitterrand, 12.971.604 (49,19%)

Habría bastado que entre los 26.367.807 votos válidos 213.000 cambiaran la papeleta para dar la victoria al candidato común de la izquierda. Y no digamos nada si, como ocurre ya en otros países de Europa occidental y como prometió Messmer sin cumplirlo, los jóvenes franceses de dieciocho a veintiún años hubie-

ran dispuesto del derecho al voto. Son 2.400.000 y según estudios recientes del Instituto Francés de la Opinión Pública, más del 60% habrían votado a Mitterrand. El porcentaje de los candidatos se habría invertido.



ARCHIVO

«Jamás la izquierda unida —ha podido afirmar el Buró Político del Partido Comunista Francés—, jamás la unión de las fuerzas obreras, democráticas y nacionales había conseguido un resultado de tal amplitud y tal significación política».

La afirmación es exacta. Pues si en el contexto excepcional de la liberación reciente, las izquierdas obtuvieron el 49,8% de sufragios en noviembre de 1945 hay que recordar que no iban unidas por un acuerdo ni por un programa y que en aquella época la S.F.I.O. se negaba a formar cualquier gobierno integrado exclusivamente por socialistas y comunistas. En cuanto a la victoria de 1936, sabido es que más del 40% del electorado radical era opuesto al Frente Popular y que la mayoría de los dirigentes del Partido Radical se apresuraron a traicionarle. Podríamos seguir alineando diferencias. Eran otros tiempos, otro mundo, otra Francia...

Una poderosa corriente en pro de una democracia más efectiva, más avanzada, que se plantee la perspectiva de transformaciones socialistas, se agita en las entrañas del país vecino. Y crece inexorablemente. Esta es la más visible e importante demostración —confirmación conviene decir— de sus elecciones presidenciales.

En la primera vuelta de las legislativas de marzo, los tres Partidos firmantes del Programa Común obtuvieron 10.096.222 votos. El P.S.U., los grupos izquierdistas y otras izquierdas diversas, poco más de un millón. En la segunda vuelta de las presidenciales, el candidato común de la izquierda ha obtenido prácticamente 13 millones. En suma, una progresión de casi 2 millones de votos en un año. No es fácil encontrar antecedentes de progreso electoral de una fuerza política o de una coalición de fuerzas políticas tan considerable en tan corto tiempo.

Todo ello frente a una imponente coalición de Partidos burgeses y reaccionarios —incluidos los grupos fascistas— que ha invertido en la campaña electoral —efectivamente, de una inversión se trata— colosales recursos financieros; que desde el Gobierno ha utilizado a fondo el vasto aparato del Estado; que ha ver-

tido sobre el pueblo francés torrentes de demagogia —Giscard d'Estaing se ha revelado maestro en la materia— que ha deformado calumniosamente las posiciones de los Partidos signatarios del Programa Común y que no se ha detenido ni ante el umbral de la difamación.

Mas si todo eso ha influido en el voto de buen número de franceses, lo nuevo es que este número ha sido bastante menor que en ocasiones anteriores, que está descendiendo considerablemente. En esa zona de las masas —muy varia— dañadas, como el resto del pueblo, por el gran capital, pero manejadas por éste, el deseo de que la vida cambie, de mejora y progreso, va ganando terreno a los prejuicios y a las ataduras del pasado. La esperanza en una Francia mejor va haciendo retroceder al miedo a los cambios. El candidato común de la izquierda ha rozado la victoria.

EL GRAN MOTOR

Indudablemente, el motor que ha hecho posibles estos avances reside en la unidad de la izquierda.

Con razón fue recibida hace dos años como un acontecimiento político trascendente la conclusión del Programa Común suscrito por el Partido Comunista, el Partido Socialista y el Movimiento de Radicales de Izquierda. Su poder de movilización se hizo sentir en seguida y proporcionó a los tres Partidos que lo firman un éxito indudable en las elecciones legislativas de marzo de 1973.

El programa Común, su elaboración conjunta por comunistas y socialistas, la concertación de los dos principales partidos de izquierda en torno a él —seguida de la adhesión de los radicales— ha dado a la izquierda una nueva cohesión muy superior a la conseguida en pasadas alianzas. Que se asienta en amplios acuerdos comunes, en un programa de gobierno cuyas medidas principales conservan su validez por encima de contingencias coyunturales y que es susceptible, al mismo tiempo, de los ajustes y complementos que estas últimas aconsejen.

El Programa Común y la unidad tejida en torno a él ha dado mayor credibilidad a la eficacia y estabilidad de la acción de la izquierda en el Gobierno ante innumerables franceses que no pertenecen a los Partidos que suscriben el Programa.

La unidad llama a la unidad. La realizada por los Partidos firmantes del Programa Común mueve a otras organizaciones de izquierda a concertarse con ellos, a sumarse a su acción. Así, en las elecciones presidenciales hemos visto que el P.S.U. las centrales sindicales C.F.D.T., F.E.N. y otras apoyaban desde el primer momento —por lo menos la gran mayoría de sus afiliados— la candidatura de Mitterrand. Igual han hecho numerosos católicos y en la campaña preparatoria de la segunda vuelta diversas personalidades golistas democráticas y buena parte de los militantes de los grupos izquierdistas. (Es de suponer que la experiencia de estas elecciones, tan rica y tan varia, haga comprender a muchos de ellos que las vías que sus dos candidatos han propuesto para acceder al socialismo en un país como Francia, son inaceptables para las grandes masas por ser perfectamente inviables y ajenas a las realidades más evidentes de estos países en nuestro tiempo). Amplios contingentes de las capas medias han votado al candidato común de la izquierda, lo que significa en el fondo, que aceptan la alianza con la clase obrera contra el capital monopolista. En favor de la candidatura de Mitterrand han alzado públicamente su voz los intelectuales y artistas más numerosos y notables de Francia.

Los resultados de estas elecciones confirman, pues, la afirmación hecha por la reciente Conferencia de los Partidos Comunistas de los países capitalistas de Europa en su declaración política:

«La voluntad de progreso y de renovación social que anima a una parte, cada día mayor, de las capas medias de las ciudades y del campo hace posibles, desde hoy, nuevas alianzas de la clase obrera. Igualmente la situación actual ensancha la base objetiva de la alianza, hoy capital, entre la clase obrera y los intelectuales».

Si en el campo de las derechas alguien confía en que la unidad forjada por la izquierda se deshaga o debilite tras las elecciones, comete, sin duda, un grosero

error de cálculo. Por el nivel que ha conseguido y los lazos que ha anudado, esa unidad nos parece irreversible. Las claras experiencias de estos dos últimos años y lo alcanzado en ese tiempo incitarán a la izquierda a cerrar filas, a seguir adelante unida pues —está bien claro— sólo conservando y fortaleciendo esa unidad es posible el gran cambio, la victoria común.

Cuanto está sucediendo tras las elecciones presidenciales, empezando por el «seguid unidos» de Mitterrand, muestra que ese es el espíritu no sólo del Partido Comunista, que tanto y con tanta constancia ha luchado por la unidad, sino el del Partido Socialista y Radicales de Izquierda. En su primer comunicado conjunto tras el 19 de mayo, los tres Partidos declaran que **«resueltos a desarrollar la unión que acaba de ratificar la mitad del cuerpo electoral... se esforzarán por lograr que esa poderosa corriente popular se ensanche»**... Incluso otras organizaciones que acogieron con reservas los acuerdos entre el P.S. y el P.C., se muestran hoy mucho más favorables a ellos y a la unidad de las izquierdas en general. Desde muy diversos sectores se alzan voces que aconsejan velar por ella. Convenientes consejos, pues, desde luego, los embates y maniobras de la derecha para destruirla no faltarán.

LA PIEL DE ZAPA Y LA MAREA EN ASCENSO

El escrutinio nos muestra a Francia dividida en dos mitades. Dos mitades provisionales y diferentes. Una, la del 50,81%, recuerda a la piel de zapa de Balzac. La otra, la del 49,19% a una marea ascendente.

El golismo ha muerto. Más preciso será decir que en estas elecciones ha terminado de morir. Así, Francia se libera de la ambigüedad que le caracterizaba: conservadurismo fundamental cobijado bajo el recuerdo del llamamiento de 1940, bajo la bandera de la independencia nacional y los oriflamos de la grandeza de Francia. Lo cual hizo que importantes contingentes de las capas medias, e incluso populares, le siguieran y, aunque en acentuada disminución tras la muerte de de Gaulle, continuaran siguiéndole.

Con Giscard d'Estaing por candidato, las cosas han estado más claras: a un lado, un frente de derechas, bastante heterogéneo, dirigido por el gran capital; al otro, un frente de izquierdas, encabezado por la clase obrera y en el que encontramos a la mayoría de los intelectuales y de la juventud, fracciones importantes de cuadros y empleados, de las profesiones liberales y de las capas medias de la ciudad y del campo.

Primer síntoma de que este deslinde de terrenos contribuye a abrir los ojos a muchos es este dato: varios centenares de miles de los votos que en la primera vuelta atrajo el golista Chaban Delmas fueron en la segunda a Mitterrand.

En el 50,81% de Giscard figuran el 25% de los sufragios obreros y un porcentaje mayoritario de los de las capas medias comerciales, industriales y campesinas y de los cuadros y técnicos.

Comentaristas de coloración muy distinta coinciden en señalar que, en esta elección, la derecha ha realizado el pleno de sus votos posibles, que ha agotado sus posibilidades electorales. Sin ninguna alegría en el juicio puede afirmarse que a la izquierda le ocurre todo lo contrario. En ese 25% de la clase obrera que todavía se deja embaucar por las sirenas derechistas; en esos campesinos, comerciantes e industriales pequeños y medios cada día más gravemente dañados por los monopolios; en esos empleados, cuadros y técnicos que han votado aún al candidato de sus patronos, la izquierda tiene una cuantiosa reserva de votos que, con un trabajo inteligente cerca de quienes los emiten, lógicamente deben ir a ella.

A lo largo de los últimos años es perfectamente visible el paulatino desplazamiento de votos hacia la izquierda que se está produciendo en el electorado francés. De ahí provinieron los progresos en las elecciones de marzo de 1973; de ahí provienen esos dos millones de votos ganados en las presidenciales.

Refiriéndose exclusivamente a uno de los sectores donde este desplazamiento se observa, un comentarista tan poco sospechoso de triunfalismo de izquierdas, como es Maurice Duverger, hacía notar días atrás en «Le Monde» de París:

«Continuará también el movimiento que separa progresivamente a los cuadros y a los técnicos del capitalismo libe-

ral. La inteligencia y la habilidad del nuevo presidente de la República pueden frenar esta evolución, cierto; pero las fuerzas que representa y los aliados que le sostienen le impedirán ir lejos en esta vía».

Tras la demostración masiva de las elecciones, un nuevo elemento indicativo de esta evolución nos lo da la actual corriente de adhesiones a los Partidos y organizaciones sindicales que, desde el primer momento, sostuvieron a Mitterrand. A fin de encauzarla y estimularla, el P.C.F. y el P.S. han abierto sendas campañas de reclutamiento.

En sus primeros análisis de las elecciones, ambos Partidos subrayan la necesidad de intensificar entre las masas más diversas la explicación de sus objetivos, de las reformas democráticas que se proponen efectuar y de cómo será, cuando después se acceda a él, ese socialismo **«que tendrá los colores de Francia»**, para decirlo con una imagen empleada por Georges Marchais.

En una declaración publicada al día siguiente de las presidenciales, el Buró Político del Partido hermano anunciaba ya que **«desplegará los más grandes esfuerzos para ganar a las francesas y franceses que todavía han vacilado a pronunciarse por un cambio real, a fin de convencerles de sumarse al poderoso movimiento popular en marcha».**

En dos cuestiones, no únicas pero sí principales, aparece como muy conveniente que ese trabajo de esclarecimiento sea intenso y llegue a los sectores más diversos. Podríamos decir que en ellas, deformando sin ningún escrúpulo las posiciones de comunistas y socialistas, han centrado su campaña todos los candidatos de la derecha en la primera vuelta y en la primera y en la segunda Giscard d'Estaing.

La primera se refiere a la propiedad no monopolista y a la propiedad de bienes personales. De una y otra —los candidatos de la derecha se han desgañado afirmándolo— serían despojados implacablemente los franceses si triunfaran las fuerzas socialistas.

La verdad, como se sabe, es muy diferente. En el Programa Común consta con todo detalle, los comunistas lo han repetido una y otra vez, Mitterrand lo ha reiterado a lo largo de su campaña:

En la etapa de democracia avanzada, las nacionalizaciones afectarán exclusivamente a grandes empresas clave que, por su peso, influyen poderosamente en el conjunto de la economía. El sector bancario y financiero será nacionalizado en su totalidad. Los que han situado en esas empresas del capital monopolista sus pequeños capitales, producto del ahorro, serán indemnizados.

Y en cuanto al socialismo... El P.C.F. ha declarado reiteradamente que, en su país, no lo concibe como una colectivización del conjunto de las empresas. En la Francia socialista, la pequeña propiedad industrial, comercial y agrícola tendrá su sitio. Y su existencia será útil a la sociedad socialista, pues contribuirá al aumento de la producción, a la distribución de productos y a facilitar múltiples servicios. Cuando después de todo un proceso —ha señalado— las condiciones estén maduras para ello, las formas cooperativas de estas empresas podrán ser encontradas por los propietarios mismos.

Hay que meter estas verdades en la conciencia de los pequeños y medios propietarios. Cuanto mayores sean las seguridades que se les den y mayor la flexibilidad con que se conciban los cambios que les conciernen, mayores serán las posibilidades de separarlos del capital monopolista que, ése sí, les está despojando implacablemente día tras día.

La segunda se refiere a las libertades democráticas. Todas serán secuestradas o paulatinamente reducidas si triunfan las izquierdas, han augurado impertérritos los candidatos derechistas. Buscaban así intimidar a cierto número de franceses y en parte, aunque en proporciones menores que otras veces, lo que han conseguido.

Grande y fructífera labor será igualmente, la de meter en la cabeza de los que aún dudan, que esto es una perfecta antítesis de la naturaleza y de los propósitos del Partido Comunista y de las demás fuerzas socialistas y progresistas. Para el P.C.F. —blanco dilecto de esta calumnia— socialismo y libertad son inseparables. En la etapa de democracia avanzada —ha afirmado repetidamente— todas las libertades serán ensanchadas y más reales para todos. Y más aún lo serán en el socialismo pluripartidista francés, que no entrañará ninguna reducción de

las libertades democráticas, sino su expansión y la efectividad de todas ellas.

Pero, ¿de qué se trata en este período de la historia de Francia?

En su análisis de las elecciones, el P.C.F. constata que la voluntad de pasar al socialismo ha hecho grandes progresos en las masas francesas, pero que todavía no es mayoritaria. Que lo que hoy está a la orden del día es reunir en pro de reformas democráticas, que saquen al país de la crisis, a una mayoría de franceses que vaya mucho más allá del tradicional electorado de la izquierda. Al socialismo se irá, cuando la mayoría del pueblo lo decida, por la vía del sufragio universal.

Y AHORA... ¿QUE?

Esta es, sin duda, la pregunta más frecuente en Francia en estos días poselectorales.

En algo tiene razón Giscard d'Estaing: cuando afirma que los franceses, y no sólo los que han dado sus sufragios a la izquierda, han votado «pour un changement», por un cambio. (No todos los votantes de Giscard, aunque sí muchos, precisemos. La gran burguesía que le seleccionó para representarla, ésa no desea los cambios a que alude Giscard. No consentirá más que aquellos que le arranquen las masas con su lucha).

Sintiendo el aire y percibiendo que su elección corría grave peligro, el candidato del capital se echó a rodar por la pendiente de las promesas. Ha prometido dar como presidente todo lo que ha negado como ministro de Finanzas: elevar el salario mínimo a 1.200 francos mensuales y el mínimo de vejez a 20 diarios; seguridad del empleo, oportunidades iguales para los jóvenes, derechos iguales para la mujer, mejora de las condiciones de trabajo, organización de la concertación en las empresas, transferencia de recursos a las colectividades locales etc., un largo etc.

Su propio lugarteniente, M. Ponia-towski ha calculado que el cumplimiento de todas esas promesas costaría al

Estado unos veinte mil millones de francos. Según otros cálculos agravaría el presupuesto nacional en un 20%.

Y cabe hacerse otra pregunta que también se repite mucho estos días en Francia: ¿Cómo puede Giscard dar todo eso, «distribuir —como él dice— más justamente los frutos del crecimiento» y, al mismo tiempo, yugular la inflación —al ritmo del primer trimestre, en 1974 los precios habrán aumentado en un 18% por lo menos— sin reducir los beneficios de los grandes monopolios, sin suprimir los sustanciosos regalos que por diversos procedimientos el Estado les hace, sin una reforma fiscal democrática, sin considerables reformas de estructura en suma?

Esas reformas —¿hace falta decirlo?— no gozan de ninguna preferencia por parte de los hombres de la ubicación social de Giscard. Al contrario su espectro les quita el sueño. Pero aunque él sintiera personalmente la tentación de acometerlas —que no la sentirá— ¿es que las fuerzas que representa, que le sostienen, se lo permitirían? De la pregunta se colige la respuesta.

Hombre avisado y hábil, el nuevo presidente puede, tal vez, proyectar ciertos cambios de escaso calado social y político, que en todo caso, no afecten a los privilegios y grandes beneficios del capital monopolista. «Tras las palabras, esperamos los hechos», se dicen las izquierdas. Y los primeros hechos aparecen ya en el horizonte: aumento de impuestos y un plan de austeridad... de austeridad para los que viven de su trabajo. Y la inflación anulando con su galope lo que pueda conceder Giscard para no quedar en evidencia tras sus promesas.

De los dieciséis ministros que forman su primer gobierno, ocho son presidentes-directores generales o administradores de grandes Compañías y Bancos. ¿No es un síntoma?...

Mas en frente está la mayor parte de Francia. La mitad que ha votado a Mitterrand y buena parte de la que ha votado al actual presidente: obreros, empleados, técnicos, cuadros, profesionales que, en los últimos meses, han visto disminuir considerablemente su poder adquisitivo. La Francia en la que hay que contar también a los campesinos, comerciantes e industriales pequeños y medios sobre

los cuales el capital monopolista de Estado se propone desviar una buena parte de los efectos de la actual crisis. Y esa Francia esgrimirá enérgicamente sus reivindicaciones, tan numerosas y urgentes, y no parece dispuesta a dar al Poder «ni pausa ni tregua».

Objetivamente, esa crisis en que ha sumido a Francia el capital monopolista en el Gobierno hará cada día más perceptible, y no sólo para los trabajadores, sino para amplias masas no proletarias, la necesidad de profundos cambios sociales y políticos. Y al vida está probando que el capitalismo monopolista, que ejerce su dominio sobre los países capitalistas desarrollados, no es capaz de realizar cambios de esa envergadura, no es capaz de satisfacer las aspiraciones crecientes de las masas. Y no vemos por ninguna parte ningún elemento de juicio susceptible de llevarnos a pensar que Giscard d'Estaing pueda ser la excepción de esa regla... de esa regla sin excepción.

Tales cambios sólo pueden realizarlos, pues sólo ellas están interesadas en llevarlos a cabo, las fuerzas socialistas, democráticas y progresivas, coaligadas frente al capital monopolista, y que hoy pueden perfectamente coincidir en la determinación de objetivos comunes, de transformaciones beneficiosas para todas las capas de la sociedad que representan.

El esperanzador resultado de las presidenciales francesas se inserta en el conjunto de los recientes progresos de la democracia en Europa, entre los cuales destaca por su importancia la liberación de Portugal y también la victoria democrática en el referéndum italiano, a través del cual el pueblo de ese país ha dicho no al propósito de abolir la ley sobre el divorcio y a otras muchas cosas...

El 49,19% del candidato común de la izquierda francesa confirma, igualmente, la posibilidad real que en los países desarrollados tienen las fuerzas socialistas y progresivas de acceder al Poder en virtud del sufragio mayoritario de la población apoyado en un poderoso movimiento de masas.

Contrariamente a lo que con fines desmovilizadores ha querido hacer creer a los pueblos un propaganda generosamente financiada, el capitalismo monopo-

lista de Estado no tiene asegurado un largo porvenir. Ni mucho menos.

Volvamos a la reciente Conferencia de Bruselas. Para señalar que cuanto ha sucedido en los cuatro meses transcurridos desde su celebración corrobora que, como afirmó en ella nuestro camarada Santiago Carrillo, actualmente la tarea capital es «lograr que el movimiento de resistencia de la clase obrera, los campesinos, las fuerzas de la cultura y las capas pequeñas y medias de la bur-

guesía urbana pasen de ser un freno, un obstáculo a los planes del capital monopolista, a transformarse en una fuerza político-social ofensiva, arrolladora, que no pueda ser reducida ni menos aplastada. Que se levante, frente a la alternativa monopolista en Europa, una alternativa democrática, antimonopolista, una perspectiva socialista aceptable para la mayoría de la sociedad».

Sí; lo lógicamente previsible es que la piel de zapa siga achicándose...

MINISTERIO DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA

PRECIO :

España	35	pesetas
Francia	3	francos
Bélgica y Luxemburgo	30	»
Suiza	2.25	»
Alemania	2	DM.
Holanda	2	florines
América	0.75	dólar
Inglterra	4	chelines
Suecia	3	coronas